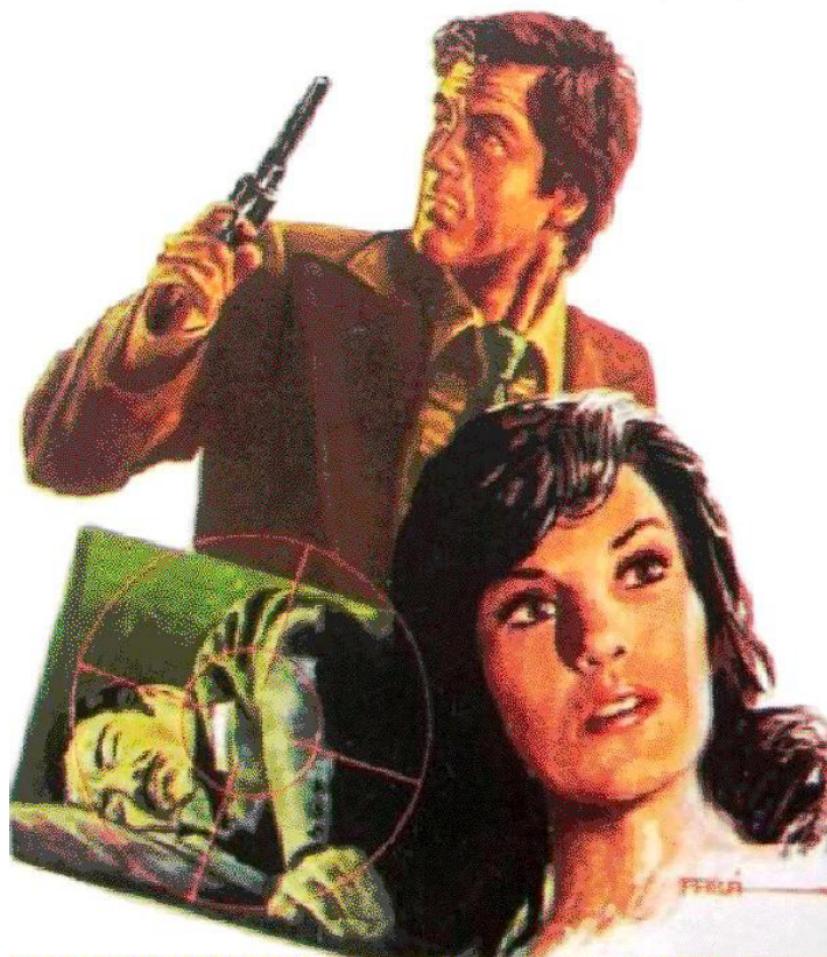




la escoria del infierno

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

BURTON HARE

LA ESCORIA DEL INFIERNO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 762
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 36.628 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: noviembre, 1976

© Burton Haré - 1976

texto

© Salvador Fabá - 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.355 — El hombre que volvió del infierno.

En Colección PUNTO ROJO:

756 — Morir en cualquier parte.

En Colección LA HUELLA:

52 — Llama un fantasma.

CAPÍTULO PRIMERO

Despertó, y al instante sus sentidos agudizados le advirtieron del peligro.

Se mantuvo inmóvil, respirando pausadamente, escuchando.

En la cama gemela a la suya captó la suave respiración de la muchacha que dormía completamente tranquila.

Luego, cazó otro sonido. El de unos pies deslizándose tan despacio que apenas se movían. Pisaban con infinita cautela por temor a desplazar algún mueble y delatar la presencia del intruso.

Ken Cambell supo todo eso en una fracción de segundo. Pensó que era un engorro la presencia de la hermosa joven china en la otra cama, porque en el peor momento podía alborotar lo que debía ser hecho en silencio...

Los pasos se aproximaron a las dos camas gemelas. Sonó un leve chasquido que Kenneth identificó sin la menor duda, era el chasquido del seguro de una pistola automática.

Tensó los músculos y sus ojos giraron buscando captar un movimiento. No movió la cabeza para no delatarse en la densa oscuridad del cuarto.

Al fin logró distinguir una sombra más negra aún que las tinieblas. Se inclinaba sobre la otra cama, tal vez asegurándose de la identidad de su ocupante.

Entonces, él brincó.

Fue un salto extraño, como si le hubiera disparado un muelle. Cayó sobre la espalda del intruso y le golpeó con el filo de la mano en un costado del cuello.

El hombre emitió un sordo quejido y se desplomó. La pistola que empuñaba resonó contra el suelo de tablas.

La muchacha despertó sobresaltada.

—¿Qué estás haciendo, mi amor? —balbuceó soñolienta.

Iba a ser un buen lío, pensó. La chica se pondría a gritar y

alborotaría todo el miserable hotelucho.

Y aunque no gritase, su presencia impediría hacer las cosas como debían ser hechas.

—Cierra el pico, linda. Tenemos visitas.

Encendió la luz y la muchacha desorbitó los ojos al descubrir al jadeante individuo que, derribado de bruces, luchaba por introducir aire en sus pulmones.

Ken Cambell recogió la pistola equipada con silenciador. Era de pequeño calibre, pero tan mortífera como una 45 disparada a corta distancia.

—Bueno, vístete, encanto, y márchate de aquí. Eso puede traerte líos con los policías.

La hermosa chinita se incorporó ante la mirada complacida de Ken. Su cuerpo desnudo era una bella filigrana de suaves curvas y piel dorada.

—No quiero policías —dijo—. Pero quiero quedarme...

—No puedes. Has visto a ese individuo y eso es muy malo. Te buscarán si él puede identificarte más tarde.

Con seguridad no podría identificarla porque lo más probable sería que nunca saliera vivo del hotel. Pero necesitaba librarse de ella, y pronto.

—Te buscaré cuando no haya peligro —le prometió—. Ahora, date prisa, linda.

Ella aún titubeó. Al fin, disgustada, empezó a vestirse.

El hombre del suelo intentó levantarse y Ken le descargó un puntapié en la cara y el tipo chilló.

—Tranquilo. Respira mientras puedes y ya te diré cuándo debes moverte y cuándo no.

Mientras acababa de vestirse, la bella muchacha murmuró:

—Hemos dormido mucho, amor mío... Son casi las doce...

—La hora de las brujas, incluso aquí, en Macao. Apresúrate.

Ella acabó su tocado y le miró recto a los ojos.

—¿Te hice feliz? —susurró.

—Absolutamente.

—Entonces, te veré otra vez.

—Seguro.

Esperó a que saliera del cuarto y cerrara la puerta. Entonces agarró al aturdido pistolero y le obligó a sentarse en el suelo

hurgándole entre los cabellos con el monstruoso cañón del silenciador.

—Bueno, compañero, vamos a empezar la fiesta. Voy a comprobar si tienes sesos o sólo serrín en tu mollera.

—Espere...

—Esparciré el contenido de tu cabezota por todo el cuarto con un buen balazo.

—¿Y qué ganará con eso?

Era un individuo delgado y cetrino, con ojos húmedos como si los tuviera enfermos. Ken sabía que la suya no era una enfermedad que se curara fácilmente.

—¿Qué demonios tomaste, opio?

—Morfina.

—Para darte valor, supongo.

El hombre se encogió de hombros.

—¿Cómo te llamas?

—Joao.

—¿Y...?

—Joao Sebastián Pinheiro.

—Bueno, Joao; ahora dime quién te envió a matarme y por qué y es posible que salves el pellejo.

—No puedo hablar. Me matarían.

—Lo haré yo si no hablas, y de momento soy el que tienes más cerca. ¿Quién te mandó?

—Mire, no sé nada. Me dan dinero y su nombre. Le busco y todo lo que tengo que hacer es apretar el gatillo. ¿Entiende? No me dan explicaciones, sólo dinero.

Sin previo aviso, Ken volteó la mano derecha y el enorme cañón de la pistola retumbó contra el puente de la nariz del asesino.

Éste emitió un chillido y se desplomó. Una catarata de sangre desbordó de su nariz rota.

—¿Quién, Joao? —insistió Cambell con calma.

El hombre escupió la sangre que se introducía en su boca y le miró con ojos asesinos.

—Magano —balbuceó al fin.

—¿Quién es Magano?

—Tiene un almacén, no sé más.

—Eso será muy malo para ti. ¿Dónde está ese almacén?

—Rua Oporto..., setenta y uno...

—Escucha, Joao, y atiende. Es la segunda vez que alguien trata de liquidarme y ya me cansé del juego. ¿Por qué todo esto?

—Yo no sé nada. Sólo me pagan.

Eso podía ser cierto. La expresión del portugués no delataba precisamente inteligencia y nadie confiaría en él más allá de sus posibilidades.

En aquel instante los carillones de Macao iniciaron el sonoro campanileo de media noche. Era la señal para el desbordamiento de la vida nocturna, del colosal desenfreno de cada noche, del estallido de vida que se desbordaba por sus calles, por sus burdeles, por sus tugurios y muelles...

Podía también significar un estallido de muerte.

Ken gruñó:

—Supongamos que hubieses tenido éxito, que hubieses podido matarme. ¿Qué debías hacer después?

—Telefonar a Magano.

—Y decirle que el encargo estaba cumplido, ¿no es así?

Joao Sebastián Pinheiro asintió con un gesto.

—Vas a llamarle ahora y le dirás que todo salió bien.

—¡Hombre, no!

—¿No?

—Eso es mi muerte.

—Reza entonces, si sabes.

La pistola quedó mirando entre los ojos del asesino frustrado. El negro orificio del silenciador pareció crecer y crecer hasta convertirse en una inmensa caverna ante la mirada estrábica de Joao.

—Lo haré —jadeó, sorbiendo la sangre que continuaba desbordándose de su nariz rota.

—Ahí tienes un teléfono. Muévete.

El vencido rufián descolgó el auricular y disco el número que sabía de memoria. Esperó y al fin dijo:

—Asunto terminado, señor Magano... Sí, tal como usted quería... De acuerdo.

Colgó, volviéndose expectante.

—¿Y ahora qué? —Gruñó—. En cuanto se descubra que fallé y que encima engañé a Magano, me buscarán como una jauría...

hasta matarme.

—Lárgate a otra parte. A tu país, por ejemplo. Y dedícate a otra cosa, Joao Sebastián, porque este oficio es demasiado duro para un desgraciado como tú.

—Devuélvame la pistola. Quítele los cartuchos, pero...

—¡Largo si no quieres que te la haga comer!

Aún titubeó. Sus sentimientos de fracaso en una profesión en la que los fallos solían tener funestas consecuencias le amargaban, y por si eso fuera poco, se quedaba sin pistola...

Al fin abrió la puerta y salió. Ken Cambell suspiró. Continuaba sin saber por qué alguien quería verle muerto, pero ahora por lo menos tenía un eslabón de la cadena del que tirar.

Un eslabón llamado Magano...

CAPÍTULO II

Lacey Kahn descendió del coche y el policía japonés vestido de paisano lo hizo tras él.

Kahn llevaba una pequeña y desvencijada maleta y al poner los pies en el suelo la dejó caer, fastidiado.

El policía habló unas palabras con el chófer del auto policíaco y tras esto se volvió hacia el americano.

—Faltan veinte minutos para la salida de su avión, señor Kahn —dijo—. Tiene tiempo de beber algo en el bar si le apetece.

—Muy amable de su parte, inspector...

Volvió a agarrar la maleta y anduvo cansinamente internándose por la inmensa sala de espera del aeropuerto con el policía pegado a sus talones.

Ambos se encaramaron en sendos taburetes, en la barra del bar.

Kahn gruñó:

—Quiere asegurarse de que salgo del país, ¿eh?

—Ordene, ya sabe.

—Hubiera preferido quedarme en Tokio un par de días... Hay lugares muy divertidos aquí.

—Pero no para hombres como usted. Déjeme decirle que estaba usted mejor en la cárcel que suelto por nuestras calles.

—Muy amable. Pero sus cárceles son apestosas, inspector. Aunque supongo que eso ya lo sabe usted.

Pidió un *whisky* y el policía un refresco de naranja. Hacía calor y los aviones zumbaban incesantemente sobre sus cabezas.

Tras saborear el refresco, el inspector dijo:

—Me intriga su determinación, señor Kahn.

—¿De qué habla?

—Hubiera podido obtener un pasaje para su país..., para Estados Unidos. En lugar de aprovechar esa ventaja elige Macao. ¿Por qué?

—¿Es una pregunta oficial, inspector?

—Sólo curiosidad. Oficialmente, nuestro interés se cifra en verle lejos de nuestras fronteras. Los excombatientes de Vietnam se han convertido en un desagradable problema, y eso no es ningún secreto para usted.

—Bueno, había que divertirse un poco, después que terminó aquella porquería.

—Tiene usted un sentido muy personal de la diversión... De una diversión que le llevó a la cárcel, dicho sea de paso.

—Ustedes no tienen sentido del humor, eso es todo.

Bebió un sorbo de *whisky*. El policía consultó su reloj.

De pronto, Kahn dijo:

—Voy a reunirme con los otros presos.

—¿Qué presos? No comprendo.

—Los que compartieron su celda conmigo. Ellos han salido ya con pocas fechas de intervalo unos de otros. Bueno, vamos a reunimos otra vez, pero sin rejas en torno.

—No envidio a las autoridades de Macao —rió el policía, apurando el resto de su refresco.

—Negocios, nada de polizontes. Estarán esperándome si todo ha salido bien, y tal vez algún día vuelva a Tokio como un potentado.

—No veré yo ese día, señor Kahn. Los hombres como usted y sus camaradas no suelen amasar fortunas. No tienen tiempo..., porque mueren jóvenes.

—¡No me diga!

Los altavoces anunciaron la inmediata salida del avión para Macao y Hong-Kong.

Lacey Kahn saltó del taburete.

—Le permito que pague el convite, inspector. De momento mis finanzas son más bien raquíticas... Hasta la vista.

Se alejó cargado con su maleta. Una figura alta y recia que se abrió paso hacia las puertas de salida a las pistas.

El inspector pagó las bebidas y al saltar del taburete aún dirigió una última mirada al expresidiario que se alejaba para siempre...

Justo mientras estaba mirándole, Lacey Kahn dio un traspié y la maleta cayó de su mano. Las personas que estaban cerca de él le miraron alarmadas. Luego, bruscamente, sus rodillas cedieron y cayó de bruces.

El inspector echó a correr, abriéndose paso a empujones.

Una mujer empezó a chillar y otras se apartaron del grupo que rodeaba al caído.

Al fin, el policía llegó junto al cuerpo derribado. La sangre extendía una gran mancha por toda la camisa de Lacey Kahn. Un solo vistazo fue suficiente para comprobar que el expresidiario deportado estaba muerto.

El inspector maldijo para sus adentros, aunque su rostro de oriental no dejara traslucir sus sentimientos.

No había oído el estampido de arma alguna, de modo que el asesino había disparado con silenciador. Un crimen de profesional sin duda. Pero ¿por qué?

Se enderezó. Él mejor que nadie sabía de la inutilidad de buscar al hombre que había disparado. Entre los miles de personas que se movían como hormigas en el gigantesco edificio hubiera podido camuflarse todo un batallón de asesinos.

Volvió a mirar al que fuera expresidiario y excombatiente de Vietnam...

Lacey Kahn había partido, realmente... para el más largo viaje de este mundo.

Se llamaba Richard Drum y entre los dos pequeños orientales semejava un gigante, plantado de pie sobre la frágil embarcación.

—Ahí están las luces —dijo uno de los dos tripulantes.

—¿Macao?

—Sí.

Era como un hermoso rosario de luces al fondo de la bahía. Richard Drum sacudió la cabeza, satisfecho. Lo había conseguido y eso borraba todos los sinsabores padecidos desde que abandonara el penal japonés.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —preguntó.

—Una hora..., tal vez más. No podemos entrar en la bahía. Hay patrulleros.

—Ya entiendo.

—Daremos un rodeo para desembarcar en lugar seguro. Allí tenemos amigos. Le ayudarán a llegar a la ciudad.

—Está bien.

La lancha se deslizó como una sombra. El rutilante parpadeo de las luces de Macao fue quedando atrás, aunque mucho más cerca

que cuando las descubrieran.

Una hora más tarde, de la oscuridad surgió un embarcadero de madera carcomida, parte del cual se había hundido en el mar. La lancha lo recorrió en toda su longitud, hasta atracar con un golpe sordo en el malecón de piedra.

Dos sombras se movieron entonces, atrapando la amarra y sujetando la embarcación. Drum saltó a tierra con un suspiro de satisfacción. Tras él lo hicieron los dos tripulantes.

Uno dijo:

—Ha llegado usted. Ahora, páguenos.

—Claro.

Sacó unos billetes y contó más de la mitad, que entregó al hombre. Uno de los que habían esperado en tierra gruñó:

—Déselos todos, míster.

—¿Cómo?

—Dele todo el dinero que tiene.

—Que el diablo me lleve si lo hago. Hicimos un trato y yo he cumplido mi parte. Además, ¿quién demonios cree usted que es para darme órdenes?

—Usted no va a necesitar ningún dinero. Déselo a él. Se lo prometimos.

—No entiendo una maldita palabra.

El desconocido se encogió de hombros. Sus facciones asiáticas se contrajeron en una mueca, cuando repitió:

—Usted no necesita ya su dinero, míster.

—¡Váyase al diablo!

—De cualquier modo lo cobrarán esos hombres, así que...

Drum pensó que ya era hora de demostrarle al desagradable individuo que no podía esperar salir con las narices en la cara si le desafiaba. Había aplastado «monos amarillos» en Vietnam, de modo que un par más no desequilibrarían la balanza.

Así que se dispuso a saltar.

No vio la sombra que se deslizaba a sus espaldas, ni el enorme machete que centelleaba a la luz de las estrellas. Pero oyó el leve zumbido del arma al descender como un rayo, y luego todo el fuego del infierno ardió en su espalda y se desplomó aullando, casi partido por la mitad.

El oriental que hablara antes gruñó:

—¡Estúpido! ¿Quieres alborotar toda la costa? ¡Acaba con él!

El machete descendió otra vez. Sonó un crujido de huesos astillados y todo acabó.

—Todo lo que lleve es vuestro —dijo el desconocido.

Dio media vuelta y se alejó seguido de su matarife, que estaba muy ocupado tratando de limpiar el machete.

Los dos hombres que habían tripulado la embarcación dieron vuelta al cuerpo que se desangraba por las tremendas heridas y registraron sus ropas. Después, arrastrándolo hasta el borde del malecón, lo arrojaron al agua con absoluta indiferencia.

Minutos después, la destartada embarcación se alejó mar adentro y todo fue silencio en el desolado paraje.

Del salvaje crimen cometido no quedaban más que las enormes manchas de sangre en el suelo del viejo muelle abandonado.

CAPÍTULO III

Ken Cambell desperdició algunos minutos examinando los alrededores del almacén propiedad del tal Magano.

Era una nave alargada con los muros salpicados de desconchaduras. En el extremo, cerca de la esquina, había un muelle de carga para camiones y un enorme portalón cerrado. Más cerca del lugar donde Ken se había detenido distinguía otra puerta más pequeña también cerrada, y próxima a ésta una ventana asegurada con una reja mostraba unos cristales tan sucios que no debían haber sido limpiados desde que fueran instalados, veinte años atrás.

Cambell echó a andar calmosamente a lo largo del edificio. Sobre su cabeza las estrellas palidecían dejando paso a la primera luz del alba. Le llegaba el olor salobre del mar y el rumor de las olas en el cercano puerto. Por lo demás, el único rumor que podía captar, además del producido por el mar, era el de sus propios pasos cautelosos.

Encontró otra puerta cuando dobló la esquina y se detuvo junto a ella. Un ligero tanteo le convenció de que estaba cerrada, pero no era tan sólida como las otras.

Por ese lado, y en el extremo más cercano, vio también la pequeña construcción sobre el tejado, como un añadido sin la menor estética. Quizá se trataba de una oficina, o acaso fuera la vivienda del guardián.

Velozmente manipuló en la cerradura. A pesar de su falta de experiencia, la cerradura cedió al cabo de unos minutos. Se coló al interior de aquel pozo de tinieblas y volvió a cerrar con infinito cuidado.

Dejó pasar un par de minutos sin moverse. En ese tiempo se convenció de que no había el menor ruido ahí dentro, y de que el almacén estaba semivacío. Sólo había una estiba de bultos a su

derecha y eso era todo.

Se deslizó en dirección al tramo de escaleras que se vislumbraban en el lugar cercano a la ventana.

En aquel instante se encendieron multitud de luces y Ken dio un respingo, estupefacto. Fue como un chispazo y la súbita e inesperada iluminación le cegó por unos instantes.

Una voz bronca ordenó:

—¡No muevas esa mano, bastardo, o te mueres!

Apartó los dedos de la culata de la pequeña pistola arrebatada al frustrado asesino y esperó. Sus ojos se habían adaptado a la luz y así descubrió a los dos individuos que surgían de detrás de la escalera.

Arriba, en el rellano superior, otros dos le apuntaban con potentes automáticas.

Cuatro hombres armados. Un mal asunto desde cualquiera ángulo que se mirase. Ken torció el gesto.

—Bueno —dijo—, ¿van a disparar o qué?

—Antes charlaremos un poco. Sube las escaleras con las manos detrás de la nuca.

Caminó a regañadientes hacia los peldaños. Tras él lo hicieron los dos pistoleros que le vigilaban también con sus armas.

Empezó a subir la escalera. Detrás de los dos individuos que aguardaban arriba, surgió otro. Éste era gordo, seboso, y llevaba sólo un pantalón y una camiseta empapada de sudor. También el sudor corría por su cara grasienta.

Miró a Ken y gruñó:

—¿Alguno le conoce?

—No creo ser tan popular —replicó el prisionero.

—¡Cierra la boca! ¿Qué, le habíais visto antes?

Todos negaron con enérgicos cabezazos. Sólo uno habló:

—No, nunca. Debe ser un miserable ratero.

—¿Qué dices tú, hijo de perra? —graznó el hombre gordo.

Ken se encogió de hombros.

—Diga lo que diga no vas a creerme.

Estaba casi arriba. Dos peldaños detrás, el primero de los dos pistoleros le seguía resoplando.

Los de arriba se apartaron de la barandilla para cubrir mejor el rellano cuando él desembocara allí, y el gordo lo único que hizo fue

retroceder dos o tres pasos.

En aquel instante, Ken saltó hacia atrás jugándose el pellejo a cara o cruz. Si el pistolero más próximo era un tipo de veloces reflejos, dispararía y todo habría terminado...

El hombre no era tan bueno en estos trotes. Recibió el impacto del corpachón de Cambell y con un grito ambos se precipitaron contra el segundo rufián que seguía más atrás. Los tres cuerpos rebotaron escaleras abajo entre gritos, blasfemias y juramentos.

Antes de llegar al final de los peldaños, Ken había empuñado la pistola y empezó a disparar cuando aún daba tumbos.

Los silenciosos balazos arrancaron un aullido y luego un extraño gorgoteo. Tras esto, él llegó abajo y cayó sobre el revoltijo organizado por los dos hombres, que ya no lo eran porque se habían convertido simplemente en cadáveres.

Ken pareció rebotar, y para entonces tenía sujeta en la mano izquierda una de las poderosas pistolas de sus captores.

Desde arriba, el gordo empezó a chillar y sonaron los rotundos disparos de las automáticas. Las balas picotearon las tablas del suelo muy cerca de los pies de Cambell, que se movía a ráfagas, de un modo desconcertante.

Era como si de nuevo se encontrara en las selvas de Vietnam, detrás de las líneas del enemigo. Había sido adiestrado para esa clase de lucha, adiestrado hasta la extenuación para matar.

Saltó en pie y corrió como un rayo hacia la estiba de bultos, agazapándose allí, muy cerca de la puerta por la que había entrado.

Oyó el sordo impacto de las balas en los bultos y cajas, y el estrépito de las pistolas. Se pegó al suelo y asomó un ojo por el extremo. Vio a uno de los pistoleros plantado junto a la barandilla y disparó sin titubear con la pistola de gran calibre.

El hombre de arriba dio un brinco, giró sobre sí mismo y con un alarido de muerte se precipitó escaleras abajo.

Cambió de posición, silencioso como un gato. Oyó al gordo que barbotaba algo allá, en la galería, y al otro que replicaba con voz chillona diciendo que no pensaba dejarse matar como un pato.

Atisbó nuevamente. No vio a ninguno de los dos, pero sabía que el pistolero esperaba. Aquel hombre tenía miedo y no se arriesgaría a asomarse para disparar, pero sí vigilaría todo el tiempo que fuera necesario para cazarle sin arriesgar nada.

En cuanto al gordo...

Pensó que debía tratarse de Magano y se preguntó por qué infiernos aquella bola de grasa pagaba pistoleros para asesinarle.

Sin dejarse ver gritó:

—¡Magano! ¿Me oyes?

Tras un breve silencio, la voz del gordo replicó, iracunda:

—¡Claro que te oigo, cerdo! Si sabes mi nombre ya sabes también que nadie te salvará. Soy importante en Macao y haré que te busquen hasta...

—¡Importante! —exclamó Ken con hiriente sarcasmo. Y añadió —: ¡No eres más que una bola de grasa rellena de porquería! ¿Sabes quién soy yo en todo caso? ¡Ken Cambell!

—¿Y qué? Te... ¡Condenación, Cambell!

—¿Qué te parece?

Esta vez el gordo no replicó.

Ken cambió de lugar una vez más y asomó por el extremo más lejano de la estiba. No vio ningún movimiento allá arriba, pero oyó el cuchicheo de las voces de los dos hombres.

—¡Magano!

Su voz sonó como un trueno.

El gordo dijo:

—¡Habla mientras puedes, Cambell!

—Tú enviaste pistoleros para liquidarme. Sólo dime por qué y te dejaré en paz.

—Yo no pienso dejarte en paz a ti.

De modo que así estaban las cosas. Ken rechinó los dientes, tensó los músculos y saltó hacia la puerta.

Le dispararon cuando la abría y el plomo hizo saltar un montón de astillas ante sus ojos. Luego, salió al exterior y echó a correr ruidosamente hacia la esquina.

Allí se detuvo y esperó.

No se equivocó en sus cálculos. El pistolero salió disparado por la puerta y miró arriba y abajo moviendo la automática.

Cambell apretó el gatillo y el hombre ni siquiera gritó. Dio una vuelta completa sobre sí mismo y se estrelló de cara contra la pared.

Ahora sólo quedaba el gordo y éste no era ningún héroe. Ken regresó hacia la puerta, levantó el cadáver del pistolero y de un empujón lo tiró por el portal.

Una pistola tableteó furiosamente. El espeluznante impacto del plomo en la carne evidenció que si bien Magano no era un héroe, sí era un excelente tirador.

Las estrellas ya habían desaparecido. Una luz grisácea, sucia, delineaba los contornos de los almacenes próximos, pero no se veía ser viviente alguno. Si alguien había escuchado los disparos, no demostraba un gran civismo tratando de intervenir.

Se alejó otra vez de la puerta agazapándose junto a un viejo camión estacionado delante de un pequeño almacén del otro lado de la calle. Desde esa nueva posición dominaba las dos puertas que había a la vista.

Trató de imaginar qué haría el gordo. Debía estar endiabladamente furioso y asustado. ¿Huir? Si lo intentaba por el portalón de carga forzosamente provocaría suficiente ruido con la pesada puerta basculante como para delatarse.

Entonces, mientras esperaba, un coche dobló la esquina con el motor rugiendo y se precipitó hacia la puerta abierta.

Ken dio un respingo. No había contado con que Magano recibiera ayuda exterior. Todo fue endiabladamente rápido. El gordo apareció y se precipitó de cabeza al interior del auto, y éste partió como una exhalación.

Bien, el combate había quedado en tablas, reflexionó.

Pudo haber tumbado a Magano en el fugaz instante en que lo vio. Pero lo necesitaba vivo. Los muertos no hablan y Magano tenía mucho que explicar.

Ken gruñó un juramento entre dientes. La caza prometía ser emocionante... La caza en la cual el cazador muy bien podía resultar cazado.

CAPÍTULO IV

Ken Cambell entró en el Café del Imperio y miró en torno.

El lugar no correspondía en absoluto al pomposo nombre. Era estrecho y largo y los ventiladores que giraban, perezosos, en el techo, apenas podían remover el malsano aire que lo impregnaba.

Un sucio mostrador corría a todo lo largo del establecimiento, a la derecha de la entrada. Frente al mostrador había, también a lo largo de la pared, algunas diminutas mesas rodeadas de unos no menos diminutos taburetes.

Detrás del mostrador se encontraba un individuo escuchimizado, de cara pálida y ojos huidizos, que le preguntó qué deseaba beber.

Tres hombres y una muchacha eran toda la clientela.

—Cerveza —pidió Ken—. Bien fría.

La muchacha era como para mirarla dos veces. No tenía tipo de buscona. Por lo general, las prostitutas que llenaban esa clase de locales eran chinas escapadas del imperio de Mao, para caer en un infierno infinitamente peor.

Ésta no era china. Tenía una tez dorada por el sol, ojos muy negros y cabellos de un rubio como el trigo maduro. Lo que había más abajo del cabello, los ojos y la cara, era una filigrana de curvas suaves, desde los pequeños y puntiagudos senos que casi asomaban fuera del escote, hasta sus caderas y muslos que no se preocupaba de disimular con la falda apenas existente.

Y eran unas piernas y unos muslos como para tenerlos en cuenta a la hora de empezar a soñar con paraísos artificiales.

Ken los tuvo muy en cuenta mientras los examinaba con evidente interés.

De los hombres no se preocupó en absoluto.

Ése fue un error...

El mozo le trajo una cerveza. Estaba fría y era más o menos aceptable, según fueran las tragaderas de cada uno.

Ken Cambell había bebido cosas mucho más repugnantes en las selvas de Vietnam, de modo que la aceptó sin chistar.

Luego hizo una seña al hombre escuchimizado y le espetó:

—Estoy citado con Mike

O’Rayan.

Me dijo que nos reuniríamos aquí.

El hombre le miró de un modo muy raro. Sus ojos de rata giraron en las órbitas.

—

¿O’Rayan,

dijo usted? —cacareó, casi a gritos.

—Sí, eso fue lo que dije. ¿Ha llegado ya?

—Éste... pues no, aún no...

—¿Qué diablos pasa con usted; por qué está asustado?

—Éste... yo no estoy asustado...

Una voz dijo junto a Mike:

—Tiene miedo de mí, señor.

Cambellladeó la cabeza y vio a un individuo alto y delgado, vestido con un fresco traje blanco de hilo, impecable. Era uno de los tres hombres, de aspecto aburrido, que viera al entrar.

—¿De veras? —Gruñó—. ¿Por qué me lo cuenta a mí?

—Porque usted ha preguntado. Me llamo Moreira.

—Albricias.

—Soy inspector de policía, ¿sabe?

Ken enarcó las cejas. Moreira había hablado con suma amabilidad. Parecía un tipo flemático. Tal vez había realizado algún curso con la policía inglesa de Hong Kong.

—Hay policías en todas partes —replicó—. Imagino que esa rata del mostrador ha repetido el nombre de

O’Rayan

tan alto para que usted lo oyera...

—Ciertamente. De cualquier modo, yo le había oído a usted.

—Bien, ¿dónde está

O’Rayan?

No me diga que lo han enchiquerado no más llegar.

—Puede decirse que está..., ¿cómo le diría?, bajo nuestros cuidados.

—Entiendo.

—Espero que me acompañe usted, señor. Le llevaré junto a él si no tiene inconveniente.

—¿Detenido?

—No recuerdo haber mencionado para nada esta palabra.

—¿Está detenido

O'Rayan?

Moreira esbozó una lenta sonrisa.

—No —dijo, sosteniendo la aguda mirada de Ken.

Éste cabeceó.

—Le acompañaré. No creo que sean ustedes más desagradables que los polizontes de Tokio.

Ken dejó unas monedas sobre el mostrador y saltó del taburete. Caminó al lado del inspector hasta la calle y ambos siguieron por la estrecha acera hasta la esquina.

Moreira señaló un pequeño «Austin».

—Acomódese. No es un coche muy cómodo, ¿sabe?

Ken retorció sus largas piernas para encajarse dentro del pequeño vehículo. Cuando éste se apartó de la acera tuvo una fugaz visión de unas piernas soberbias plantadas un poco más atrás.

La muchacha rubia demostraba un vivo interés por sus andanzas. Eso le preocupó mientras se dejaba conducir por el silencioso inspector Moreira, que manejaba con suma habilidad por entre el maremágnum de bicicletas, triciclos, carros, coches, chinos, malayos, indios, europeos, japoneses; tenderetes de venta ambulante, vociferantes vendedores de objetos típicos, mujeres vestidas con una infinita gama de colores y estilos...

—Un manicomio —gruñó.

—¿Qué?

—Todo esto. —Ken señaló aquella ruidosa multitud—. No creo que dure mucho.

—No haga profecías gratuitas, señor... A propósito, ¿ha dicho su nombre?

—Ken Cambell.

—Americano, por supuesto.

—Sí.

—Habla bien el portugués.

—Viví en Portugal cierto tiempo. Aprendí otros idiomas también.

—¿Por qué dijo que esto no duraría mucho tiempo?

—Están lejos los tiempos coloniales. Y vea lo que ha sucedido en Timor.

—Son dos casos distintos. A China no le interesa ocupar Macao, ni Hong Kong, ya que estamos en eso. Son sus dos mejores fuentes de divisas fuertes.

—Tal vez.

El coche pasó por delante de un gran edificio blanco en el que ondeaba la bandera portuguesa. Dos policías coloniales montaban guardia en la puerta y un rótulo sobre ésta pregonaba que aquél era el cuartel general de la policía de Macao. La jefatura.

—Eh, pensé que nos dirigíamos a su despacho...

—Yo no le dije eso.

—Ya veo... Han encerrado a

O'Rayan

en la cárcel. Como ocurrió en Tokio. ¿Por qué ha sido esta vez?

—Amigo mío, le aseguro que no nos dirigimos a la cárcel.

El pequeño coche esquivó un carro coronado por una montaña de fruta, estuvo en un tris de aplastar a un chiquillo desnudo y dobló una estrecha esquina.

Al final de esta nueva callejuela apareció un edificio con la fachada repleta de ventanas. El «Austin» lo bordeó, entró por un portalón y descendió una rampa de cemento. Cuando se detuvo abajo lo hizo al lado de dos ambulancias.

—¡Cuernos, un hospital! —bufó Cambell—. ¿Qué diablos pasó con

O'Rayan?

—Ahora lo verá.

Descendieron unas escaleras. Moreira empujó unas puertas batientes y se encontraron en una pequeña recepción. Detrás de una mesa, un hombre de cara pálida se levantó al reconocer al policía.

Éste dijo:

—Queremos ver al americano... Michael

O'Rayan.

—Sí.

Le siguieron. Un agudo olor a formaldehído se introdujo por la nariz de Ken, que sintió un escalofrío casi tan helado como la temperatura del lugar en que se detuvieron.

El hombrecillo señaló un cuadrado compartimiento en la pared.

—Éste es —dijo.

Y tiró de la puerta.

Una camilla cubierta con una sábana se deslizó hacia fuera. La sábana cubría un fornido cuerpo humano y de la cámara frigorífica brotó un soplo de frío polar.

Moreira cogió la sábana y la descorrió dejando al descubierto el rostro blanco de un hombre.

—¿Es su amigo

O’Rayan?

—preguntó.

Ken Cambell sintió que la cólera burbujeaba dentro de él.

La cara de Mike

O’Rayan,

con los ojos cerrados, parecía tallada en un pedazo de cera.

—Sí —gruñó—. Es él, maldito sea usted, inspector.

—Cálmese.

—¿Por qué no me dijo que estaba muerto?

—Quería ver su reacción.

—Mi reacción... Debería romperle los dientes.

—No le aconsejo que haga nada de eso. Nuestras cárceles son peores que las japonesas, y creo que usted tuvo una desagradable experiencia de ellas.

—¿Cómo lo sabe?

—Hemos hecho algunas averiguaciones desde que su amigo

O’Rayan

vino a hacerse matar en Macao.

—¿Cómo le mataron?

Tras una vacilación, Moreira retiró toda la sábana. Ken rechinó los dientes al contemplar la salvaje brecha que había desgarrado el estómago de su viejo camarada.

—Un machete, con toda seguridad —dijo el policía con calma—. Le encontramos agonizante.

—¿Pudo hablar aún?

—Sólo unas palabras... Mencionó el Café del Imperio. Esperaba reunirse con alguien allí.

—Ya veo.

—Ésa es la razón de que yo estuviera en el café, esperando.

Ken permaneció casi un minuto mirando aquel cuerpo destrozado sin pronunciar una palabra. Poco a poco la ira dentro de él se apaciguaba, siendo sustituida por una fría determinación.

Al fin dijo:

—Salgamos de aquí.

La temperatura del exterior, después del frío que reinaba en aquel antro de muerte, se le antojó aún más intolerable.

Moreira rezongó:

—Podemos ir a mi despacho o a un buen local refrigerado. Tenemos mucho que hablar usted y yo, señor Cambell. ¿Qué decide?

Ken encendió un cigarrillo. Le chocaba en parte la actitud de Moreira. Comprendió que el policía le daba a elegir entre un interrogatorio oficial, brusco y desagradable, o una charla en la que él debería sincerarse y dar al inspector toda la información que poseyera.

—Prefiero un lugar refrigerado —gruñó.

—De acuerdo.

Volvieron a sumergirse en las demenciales calles, donde parecía un milagro que nadie resultase aplastado bajo las ruedas del coche.

Cuando el Austin volvió a detenerse, lo hizo frente a la impoluta fachada de un lujoso hotel.

Realmente, la temperatura interior era fresca y agradable. En el suntuoso bar sonaba una música suave que parecía mezclarse con el grato aroma que impregnaba la atmósfera.

Tomaron asiento en dos profundas butacas tapizadas con piel roja. Un solícito camarero se materializó a su lado y el inspector dijo:

—Opino que le apetecerá un buen *whisky* escocés a estas horas. Con mucho hielo, por supuesto...

—Depende de quién deba pagar la cuenta.

El camarero arrugó el ceño. Moreira sonrió.

—Dos «Chivas» con hielo —ordenó.

—Es usted un policía muy raro, Moreira —rezongó el excomando de Vietnam.

—Nada de raro. Pero he vivido mucho y aprendido no poco de la filosofía china... Relájese, señor Cambell. Está usted tenso desde que vio a su amigo muerto.

—¿Saben quién lo mató por lo menos?

—Desgraciadamente, no tenemos ni una sola pista. Ya ve que le hablo con entera sinceridad. Espero que usted pueda ayudarnos.

—No veo cómo.

—Hablando.

Ken le observó con el ceño fruncido. Hizo una mueca al encogerse de hombros.

—No veo por qué no habría de contarle todo el asunto. Ahora parece algo absurdo y descabellado, pero entre los condenados muros de una cárcel japonesa sonaba de otra manera...

El camarero reapareció trayendo dos panzudos vasos. Escanció una más que respetable dosis de *whisky* y luego depositó un recipiente de plata rebosante de dados de hielo. Unas artísticas pinzas, también de plata, se sostenían como en equilibrio sobre el hielo.

Mientras Moreira distribuía éste, Ken empezó a hablar.

CAPÍTULO V

—Cuando terminó aquella porquería de Vietnam la mayoría de nosotros fuimos repatriados. No regresábamos como héroes precisamente... Algunos decidimos tomarnos unas vacaciones, especialmente los que, como yo, y algunos otros, teníamos experiencias que a los jefazos no les gustaba que fueran contadas a los periodistas. Ya sabe... éramos los peores, los especialistas adiestrados para atacar al enemigo detrás de sus líneas. Lo peor que ha producido jamás el ejército de los Estados Unidos... La escoria que no podía ser mencionada siquiera.

—*Pathfinders*...

—Ajá, usted sabe más de lo que debiera, Moreira.

El inspector sonrió saboreando su excelente *whisky*. Ken hizo lo mismo y durante unos instantes estuvo callado.

—Bueno, algunos eligieron Japón, yo entre ellos. Teníamos maravillosos recuerdos de Tokio. Pero ya no era lo mismo porque ya ninguno era un combatiente del Tío Sam. Algunos murieron en absurdas riñas, otros desaparecieron... Algunos acabamos como inquilinos de una celda.

—

¿O’Rayan?

—Él, yo y dos más ocupamos la misma pocilga en aquella cárcel. Ninguno por delito grave. Bien,

O’Rayan

tenía una idea.

—¿Una qué?

—Una idea, un plan, algo capaz de proporcionarnos una fortuna en poco tiempo. Dijo que lo llevaba madurando desde hacía mucho tiempo y que era fácil.

—Ya... Fácil —refunfuñó Moreira—. ¿De qué se trataba, drogas acaso?

—Maldito si lo sé.

O'Rayan

confiaba en nosotros en cierto modo porque nos necesitaba, pero no lo suficiente para exponernos todo su proyecto. Dijo que nos reuniríamos en Macao cuando cada uno saliera de la cárcel. Fijó el Café del Imperio como punto de cita y dijo que cuando estuviésemos otra vez juntos y libres sabríamos todo lo que necesitásemos saber para el negocio. Pero no antes. No quería que ninguno se le adelantara y diera el golpe por su cuenta.

—Entiendo...

—Cuando salí a la calle vagabundeeé unos días por Tokio. Entonces aún no estaba muy seguro de que me conviniera tomar parte en el negocio de

O'Rayan.

Pero al fin me decidí, entre otras razones porque apenas me quedaba dinero. Es increíble el modo cómo los japoneses, y las japonesas en particular, se las ingenian para dejarle limpio a uno...

Moreira sonrió y siguió callado.

—Bueno, vine a Macao y calculé que

O'Rayan

debería llegar al mismo tiempo que yo, o quizá un día antes. No me equivoqué... Sólo que con él esos hijos de una cerda tuvieron éxito.

—¿Con él...? ¡Un momento! ¿Quiere decir que también han querido matarle a usted?

—Dos veces. Fallaron por los pelos.

—Ahora estamos llegando a algo concreto. ¿Quién lo intentó, señor Cambell?

—No lo sé.

—Vamos, no lo estropee.

Ken frunció el ceño, mirando al policía a la cara.

—La primera vez fue en la calle... Dos hombres. Me atacaron con cuchillos. Uno acabó con el cuello roto y el otro huyó sujetándose un brazo colgante. Ojalá hayan tenido que amputárselo. La segunda vez lo intentaron en mi habitación del hotel. Un pistolero. También falló.

—¿Logró escapar?

Ken gruñó algo entre dientes. Luego dijo:

—Sí, escapó.

—¿Sabe usted? Creo que está mintiendo.

—Nunca le mentaría, a alguien que me obsequiara con un *whisky* tan delicioso como éste.

—Podría creer eso de cualquier otro. De usted, no. Usted es una máquina de matar, señor Cambell, y no lo tome a mal. Sé mucho sobre los comandos que eran, lanzados detrás de las líneas del *Vietcong*... El modo cómo eran adiestrados y todo eso. Bueno, un pistolero corriente, jamás lograría escapar de usted.

—Ése lo consiguió. Piense un poco, hombre. Yo estaba en un hotel de Macao, no en las selvas vietnamitas. No podía armar una batalla campal y atraer a la policía. ¿Olvida que esperaba reunirme con

O’Rayan

y su negocio? Si había algo que no quería era que la policía se interesara por mí, ni por ninguno de nosotros.

—A propósito, ¿cómo, se llamaban los demás?

—Uno era Richard Drum, un exvaquero de Texas. El otro se llama Lacey Kahn y creo que antes de meterse en esa guerra indecente era transportista o algo así.

Moreira cabeceó.

—Veo que está siendo sincero, señor Cambell, porque yo ya conocía esos nombres. Me fueron facilitados por la policía de Tokio cuando me interesé por

O’Rayan...

Puesto que él acababa de llegar del Japón cuando le mataron.

—No tengo por qué mentirle, ahora que el negocio, fuese el que fuere, se ha ido al infierno.

—Podría mentirme por otros motivos, señor Cambell...

—Olvídelo. No pienso hacer el negocio yo solo, porque no tengo ni la más remota idea de su naturaleza.

—No estaba pensando en ese fantástico negocio..., sino en sus... digamos, sentimientos fraternales.

—¿De qué estás hablando?

—Quizá le gustaría cazar a los asesinos de su amigo, y hacer justicia por su propia mano. Eso pudiera ser factible si alguno de los que le atacaron a usted habló más de la cuenta, hábilmente «persuadido» por su experiencia. No me negará que es una idea bastante razonable, teniendo en cuenta la clase de hombres que

eran todos ustedes.

Ken desvió la mirada y se dedicó a saborear los restos de su *whisky*.

Luego dijo:

—Le confieso que eso me gustaría mucho.

O’Rayan

era una buena persona.

Moreira no dijo nada durante un buen rato.

Ofreció un cigarrillo a Ken y ambos encendieron, retrepados en sus confortables butacas. Cualquiera que les hubiera observado no hubiera podido imaginar que aquello era justamente una suerte de interrogatorio policíaco...

De pronto, Moreira soltó:

—¿En qué hotel se aloja usted, señor Cambell?

—En el Malaca. No se parece a éste, por supuesto.

—Ya sé... ¿Fue allí donde tuvo lugar esa desagradable experiencia que me ha contado?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo piensa permanecer en Macao?

Ken se encogió de hombros.

—No he decidido nada aún. ¿Por qué, tiene prisa por echarme de aquí?

Moreira sonrió.

—Ninguna. Pero le confieso que me sentiré mucho más tranquilo cuando usted se haya marchado. Tenemos multitud de problemas con nuestra propia gente, ¿sabe?

—Ya veo...

—De cualquier modo, le ruego que cuando decida partir me lo advierta. No me gustaría que usted desapareciera de pronto... sin que se hubiera puesto en contacto conmigo. Ya me entiende.

—Perfectamente.

El inspector llamó al mozo con un gesto y los dos salieron a la tórrida temperatura de la calle.

—¿Puedo llevarle a alguna parte, a su hotel quizá? —insinuó Moreira.

—No, gracias. Prefiero andar.

Contempló cómo se alejaba el diminuto coche del inspector.

Luego, tal como había dicho, se fue caminando acera abajo sin

advertir cómo, desde la sombreada fachada del otro lado de la avenida, la hermosa rubia de muslos prietos le observaba desde detrás de unas gafas oscuras que le cubrían media cara.

CAPÍTULO VI

Había un gran camión descargando cajas de madera frente al portalón del almacén de Magano. Tres andrajosos chinos se afanaban con los bultos y a juzgar con la facilidad con que los manejaban, las cajas debían estar vacías.

Ken fumó un cigarrillo a cierta distancia, esperando ver aparecer algún europeo procedente del almacén. El único que pudo ver fue al chófer del camión cuando subió a la cabina, lo puso en marcha y se largó.

El portalón quedó abierto.

Caía un sol tórrido y detestable mientras atravesaba La calle hasta el muelle de carga.

Distinguió a los tres chinos apilando las cajas. Saltó encima del muelle y entró a la caliente penumbra del almacén.

Los chinos se volvieron, sobresaltados. Él dio un vistazo a las escaleras del fondo comprobando que no había nadie a la vista excepto los tres orientales.

—Busco a Magano —dijo, sombrío.

Sacudieron la cabeza enérgicamente de un lado a otro.

—¿No está aquí?

—No.

Los tres repitieron el movimiento. Los tres a un tiempo, como sincronizados.

—¿Dónde puedo encontrarle?

Esta vez no sacudieron la cabeza. Pero sí los hombros, también al mismo tiempo.

—No lo saben, ¿eh?

De nuevo las cabezas oscilaron de un lado a otro.

Fastidiado, Ken caminó a lo largo del almacén, subió las escaleras y entró en el aposento de la planta que se alzaba por encima del tejado.

Era un desordenado despacho con una mesa de madera carcomida, dos sillas y una estantería repleta de polvo. En un rincón había un camastro con un colchón encima.

Miró en torno, perplejo. No comprendía nada de todo aquello, de todo lo que concernía a Magano y sus deseos de verle muerto.

Tampoco comprendía por qué Magano y su gente habían asesinado a

O'Rayan...

Se lo preguntaría también cuando le echara mano al gordo, y la manera como le hiciera las preguntas era algo que hubiera revuelto el estómago a un tipo normal.

Volvió a bajar. Los tres chinos habían desaparecido.

Ken enarcó las cejas porque aún había varias cajas sin apilar, desperdigadas en torno a la enorme entrada por la que se colaba el sol y el calor.

Dio un vistazo al otro lado de la escalera. Había un oscuro rincón, donde estuvieron ocultos dos de los pistoleros que trataron de cazarle la noche anterior.

Estaba allí aún cuando oyó el leve chasquido a su derecha. Se agazapó y sus dedos se cerraron en torno a la culata de la pistola automática arrebatada a uno de los muertos.

Vio la línea de luz que se extendió por el suelo cuando alguien abrió poco a poco la misma puerta por la que se colara él en su primera visita al almacén. La abrieron lo justo para deslizarse dentro dos hombres. Vio sus sombras fugazmente y luego la puerta volvió a cerrarse.

De nuevo parecía repetirse la escena. Pero en esta ocasión era él quien debía llevar la iniciativa.

Levantó la pistola y gruñó:

—Acérquense con las manos sobre la cabeza. Hay una pistola apuntándoles, camaradas.

Los dos hombres se detuvieron en seco, apenas visibles en la penumbra.

Les vio que comenzaban a levantar los brazos despacio, como a regañadientes.

En aquel instante, desde la pila de cajas tableteó salvajemente una pistola ametralladora y el alud de plomo casi partió la escalera por la mitad.

Ken se aplastó contra el suelo. ¡De modo que había otros en el portalón y no les importaba hacer ruido!

Vio correr a los dos que habían entrado por la puerta tratando de sorprenderle cuando creían que aún estaba arriba. Disparó con la pistola a ras de suelo y uno de ellos volteó en el aire, gritando como un demente. Cuando se desplomó dejó de gritar.

El otro se zambulló en el aire y rodó por el suelo, intentando llegar a la estiba de bultos que le sirviera a Ken de parapeto en su asalto nocturno.

Nunca lo consiguió. Una bala de la potente automática le alcanzó en la nuca y la mitad de su cabeza saltó por los aires, desparramándose en torno como una lluvia sucia y nauseabunda.

La metralleta volvió a retumbar y los proyectiles blindados picotearon cada vez más próximos a dónde Cambell se mantenía aplastado contra las tablas.

Vio saltar astillas por todas partes; mientras las balas trazaban un reguero en su busca. Comprendió que un par de segundos más tarde, aquel huracán de muerte le alcanzaría convirtiéndole en una piltrafa hiciera lo que hiciese, porque las balas venían como un chorro, rectas hacia él.

La metralleta calló cuando los proyectiles estaban destrozando la madera a dos palmos de Ken. Se había agotado el cargador con toda seguridad.

Se levantó como impulsado por un resorte y de un salto estuvo junto a la puerta por la que habían entrado los dos pistoleros muertos.

Una pistola retumbó desde las cajas. La bala abrió un agujero en la puerta en el instante en que Ken la abría y saltaba al exterior.

Echó a correr hacia el coche que parecía esperarle. Había un tipo ante el volante que dio un brinco al verle y saltó del coche, gritando algo que no entendió. Le vio hundir la mano bajo la chaqueta tropical...

Disparó y el tipo se arrugó por la mitad. Una pistola escapó de sus dedos. Alguien gritó a sus espaldas:

Después del grito hubo dos disparos y las balas reventaron un cristal del coche. Se tiró sobre el asiento y advirtió que el motor runruneaba. Embragó y salió de estampida, la cabeza oculta entre los hombros. Apenas veía para conducir y pasó como un rayo junto

al muelle de carga.

Le enviaron otros dos plomos que resonaron contra la carrocería. Luego, pasó rugiendo junto a otro coche que esperaba al final del muelle de carga y torció por la primera esquina.

Se le erizó el pelo al imaginar que se viera obligado a conducir a semejante velocidad por las calles atestadas de gente...

Vio que la calle se encaramaba suavemente allí donde terminaban los edificios comerciales. A su derecha quedaban los muelles donde cabrilleaba el sol sobre el mar. Apretó el acelerador cuando el otro coche apareció en el retrovisor, zumbando en su persecución.

No tenía idea de la dirección que llevaba ni del lugar adonde conducía aquella desportillada carretera. El coche saltaba en los baches y los crujidos de la carrocería amenazaban con desencuadernarlo de un instante a otro.

Siguió hundiendo el acelerador, manteniendo la distancia. La carretera se retorció ahora haciendo más difícil aún mantener aquella velocidad suicida. Oyó rechinar los neumáticos en una curva, el coche se alzó sobre dos ruedas y él hundió el acelerador, jugándose el pellejo a cara o cruz.

Salió cara.

El coche volvió a caer sobre sus cuatro ruedas con un estrépito de hierros martirizados. Pero ya el otro asomaba por la curva, rugiendo y escupiendo plomo.

Una bala atravesó el cristal posterior y abrió un hermoso agujero en el parabrisas. Ken hundió el freno y cerró el contacto, todo a un tiempo...

El gran coche patinó dando tumbos, las llantas humeando y aullando con la salvaje maniobra. Aún estaba dando saltos cuando Ken abrió la portezuela y se lanzó de cabeza a la cuneta.

Oyó el chillido de las llantas del otro auto, los esfuerzos de su conductor para detenerlo a tiempo...

Luego fue como si estallara una bomba. El coche se estrelló contra el que se había parado al fin y los dos vehículos saltaron por los aires dando vueltas. Cuando cayeron volvieron a producir un estampido y un concierto de crujidos, y para entonces Ken había dejado de rodar y contemplaba el espectáculo tendido en la hierba seca del campo.

Así, vio el estallido de la gasolina, y la bola de fuego que se alzaba rodando y rugiendo hasta envolver los dos coches, convirtiéndolos en un infierno en el que se tostaban los ocupantes del auto perseguidor.

Se levantó con los huesos doloridos, contemplando el espectáculo estremecedor de aquellos hombres abrasándose en su jaula de metal retorcido. Entre el llamear del fuego distinguió las formas chisporroteantes de tres individuos.

Pensó que ninguno de ellos tenía el volumen suficiente para ser el gordo Magano. Maldijo en voz alta y echó a andar, iniciando el camino de regreso a la ciudad. Alguien demostraba un endiablado interés en verle muerto, a juzgar por la cantidad de pistoleros que utilizaba, aunque si las cosas se repetían del mismo modo pronto toda la morralla criminal de Macao reposaría plácidamente bajo innumerables lápidas.

Dudó de que alguien le diera una medalla por semejante limpieza del hampa local...

CAPÍTULO VII

Cansado después de todo un día de patear Macao de un lado a otro, y fastidiado por no haber obtenido ni la sombra de una pista que le llevara hasta Magano, Ken regresó a su hotel cuando ya las estrellas guiñaban, burlonas, a los mil misterios de la ciudad.

El viejo chino que ocupaba la recepción durante la noche le entregó su llave y gruñó algo en su aún más viejo idioma.

Ken se encogió de hombros. Si había algo de lo que carecía en aquellos momentos era del sentido del humor.

Abrió la puerta de su cuarto y se detuvo en seco al advertir que la pequeña luz de las camas gemelas estaba encendida.

Sacó la pistola equipada con silenciador y entró.

La muchacha rubia se irguió sobre una cama apoyándose en un codo.

—Cierra la puerta —dijo con voz tranquila.

Ken Cambell la examinó con interés. Se había cambiado de ropas, a juzgar por las que estaban esparcidas por todo el cuarto.

Sobre su cuerpo soberbio puede decirse que no llevaba otra cosa que su larga cabellera rubia.

—No necesitas la pistola conmigo —runroneó—. Soy una chica pacífica.

—Ya lo veo.

Cerró la puerta y avanzó hasta detenerse junto a la cama. Se miraron un buen rato en silencio, mientras el aventurero recorría una y otra vez aquel increíble espectáculo que se le ofrecía.

Ella señaló el largo silenciador que continuaba apuntándole.

—¿De qué tienes miedo?

—Sólo es precaución. Soplan malos vientos para mí desde que llegué a Macao.

Vio el bolso de la muchacha sobre la mesita y lo atrapó de un zarpazo. Ella no hizo el menor movimiento de protesta.

Dio un rápido vistazo al bolso. No contenía arma alguna, sólo las chucherías que uno espera encontrar en el bolso de una mujer.

Dejó el bolso y se guardó la pistola, despojándose a su vez de la chaqueta. De este modo quedó al descubierto también la gran automática que llevaba sujeta al cinturón.

Ella hizo un mohín.

—¿Necesitas todo este arsenal para hacer el amor?

—No creo que quede más de una bala... ¿Cómo te llamas?

—Gina.

Él se rascó el cogote, perplejo.

—Añora dime cómo supiste que éste era mi hotel.

—Fue fácil. Seguí a Moreira.

—Ya veo...

—Él vino en cuanto se hubo separado de ti. Hizo muchas preguntas y registró este cuarto. Así supe que te alojabas aquí y decidí esperarte.

—¿Para qué?

—Salta a la vista, querido.

Él sacudió la cabeza.

—Demasiado fácil.

Arrojó la pistola automática junto a su chaqueta y encendió un cigarrillo.

—Pon algo de tu parte y aún lo será más.

—Escucha, preciosa. Me han baqueteado mucho durante mis años de vagar sin rumbo. Luego vino lo de Vietnam y acabaron de robarme mis últimos restos de ingenuidad, así que ya no tengo ilusiones a estas alturas. Me pregunto qué es lo que pretendes, porque no puedo creer que te hayas enamorado de mí con sólo verme una vez. Misex *appeale* está más bien de capa caída a mi edad.

—No eres tan viejo.

—Más o menos, como tu abuelo. Y ahora vístete y lárgate de aquí. Estoy molido.

Ella sacudió la cabeza.

—Te reanimaré. Ven aquí, Ken. Sólo bésame y si después quieres que me vaya no protestaré.

—Debes estar loca.

Ella tendió los brazos, sonriendo con sus labios gordezuelos y húmedos. Ken se deslizó junto a ella y estrelló los suyos centra

aquella boca anhelante.

Bien, ella sabía besar. Era experta en ese arte y en un instante su boca pareció arder con la más violenta pasión que un hombre pudiera despertar en una mujer.

Ken comenzó a olvidar su primitiva idea de echarla del cuarto. Había perdido el recuerdo de la última vez que una mujer le besara con aquel fuego insaciable...

Estaba rindiéndose a él cada vez más cuando algo inconfundible se hundió en su costado. La muchacha susurró, los labios rozando aún los suyos.

—Tienes una pistola apretada contra tu cuerpo, querido... No te muevas o aprieto también el gatillo.

Él se quedó muy quieto. El aliento de la muchacha continuaba aleteando en su boca.

—¿Qué clase de juego pretendes jugar, Gina?

—Quiero saber, ¿entiendes? Saber cosas. Te mataré sin vacilar sólo con que pretendas mentirme. O si intentas quitarme la pistola... Apártate ahora, poco a poco, corazón..., muy despacio.

Él obedeció con una chispa de admiración en sus ojos claros y acerados.

—Has roto el encanto, nena —gruñó—. Empezaba a creer otra vez en el género humano.

—Siéntate ahí, en esa otra cama.

—¿Qué es lo que quieres saber?

La pistola que empuñaba era una aplanada «Beretta» de pequeño calibre. Pero a esa distancia podía matarle con tanta efectividad como un cañón.

—Primero, vas a decirme por qué mataste a Mike.

—¿A quién?

—

O'Rayan.

Él sacudió la cabeza.

—No sabes lo que dices. Yo necesitaba a

O'Rayan

vivo. Significaba una fortuna para mí y los otros.

—Pensaste que con él muerto podrías embolsarte toda la fortuna. Todo para ti...

—Olvídalo. Ni siquiera tengo idea de cómo pensaba él obtener el

dinero. Iba a contarnos el asunto cuando estuviésemos reunidos aquí, en Macao.

Ella balanceó la pistola.

—Te dije que te mataría si mentías, Ken...

—Entonces dispara, porque si no crees la verdad ya no vas a creer nada más.

—Si no le mataste tú, fue alguno de los otros. ¿Cómo se llaman...? Sí, Drum y Kahn. O los dos juntos.

—Lo dudo. Ellos ignoran la clase de negocio que

O'Rayan

preparaba.

—Tal vez les habló. O te habló antes de morir.

—No volví a verle desde que salí de la cárcel japonesa donde estuvimos juntos.

Sonrió, casi divertido, porque contemplar a aquella muchacha desnuda y con una pistola por todo vestuario no dejaba de tener su encanto para un hombre como él.

—Si querías jugar con petardos de esta clase —dijo—, no necesitabas desnudarte, preciosa.

—Pensé que así te entregarías más fácilmente. Guardé la pistola bajo la almohada, ¿sabes? No iba a ser tan idiota de dejarla en el bolso. Fue lo primero que miraste.

—Una chica muy lisa. Y con un cuerpo que da vértigo dicho sea de paso. Pero déjame decirte también que te lo estropearán muy pronto si continúas metiéndote en esta clase de embrollos. ¿Qué era

O'Rayan

para ti?

—Todo.

—Ya veo.

Ella resopló llena de cólera.

—¡No puedes entenderlo! Mike era un hombre maravilloso.

—No voy a discutir contigo ese punto.

Ella titubeó. Por momentos, la situación comenzaba a desbordarla. Ella tenía la pistola, pero con eso no adelantaba nada.

—¡Quiero saber quién lo mató! —dijo casi a gritos.

—Yo también. Sospecho que cuando lo averigüe sabré al mismo tiempo quién intenta matarme a mí.

—¿A ti...?

Él se encogió de hombros.

—¿Conoces a un tipo gordo llamado Magano?

Ella enarcó las cejas.

—Sí —dijo—. ¿Qué pasa con él?

—Envió asesinos contra mí. Estuve a punto de atraparle anoche, pero escapó. Y hoy lo ha intentado otra vez. También fallaron y ahora tiene un montón de cadáveres entre manos que le van a proporcionar algunos quebraderos de cabeza. ¿Sabes dónde puede encontrarse a estas horas?

—Tiene una casa en la rúa de Lisboa.

Él suspiró.

—Eso ya lo averigüé por mi cuenta, pero no estaba allí esta tarde. También conozco su almacén.

—¿Y la casa de la calle Cantón?

—Ésa es la primera noticia.

—Allí vive su amiga. Se llama Nan Shang y es muy bella.

—¿La conoces?

—De vista tan sólo.

—¿Crees que el gordo puede estar allí?

—No me sorprendería.

Él se levantó. Gina movió la pistola y dijo rechinando los dientes:

—No te autoricé a moverte. ¡Siéntate!

—Estás tentándome, Gina, preciosa.

—¡Siéntate o disparo!

Había determinación en su voz. Quizá en sus hermosos ojos aleteaba la incertidumbre, pero su voz era seca y firme.

—Estoy tentado de darte unos azotes en el trasero...

Vio tensarse el dedo en el gatillo de la pistola. Sonrió y volvió a sentarse.

En aquel instante alguien llamó a la puerta con enérgicos golpes. La muchacha dio un salto y quedó de pie fuera de la cama.

Ken gruñó:

—¿Quién está ahí?

—Moreira. Abra la puerta, señor Cambell.

—¡Un minuto!

Ella había quedado igual que petrificada. Ken le arrebató la pistola, recogió su gran automática y la más pequeña equipada con

silenciador y metió las tres bajo el colchón.

Luego, se dirigió a la puerta. Gina lanzó un grito al precipitarse sobre sus ropas, pero por muy rápida que hubiera sido no habría podido evitar la sobresaltada mirada del inspector Moreira.

—Vaya, vaya —runroneó el policía, plantado en el umbral de la puerta—. Lamento mucho haber interrumpido su idilio, señor Cambell.

—No se preocupe. La noche es larga. ¿Qué es lo que se le ha ocurrido ahora?

Moreira estaba muy interesado contemplando las contorsiones de la muchacha para enfundarse en su ajustado vestido, despreciando las otras prendas íntimas que estaban esparcidas por el cuarto.

—Traigo noticias —dijo al fin, cerrando la puerta y sacando un cigarro—. Malas, desde luego.

—Me sorprendería que la policía tuviera buenas noticias alguna vez...

—Se trata de sus otros amigos, ¿sabe? Lacey Kahn y Richard Drum. También están muertos.

Ken notó un violento escalofrío a lo largo de todos sus miembros.

—Ya veo —gruñó—. Y supongo que tampoco tendrá usted ni una maldita pista de sus asesinos...

—Bueno..., el señor Kahn fue asesinado en el aeropuerto de Tokio, ¿sabe usted? De modo que corresponde a la policía japonesa buscar a sus matadores. En cuanto a Richard Drum, su cadáver ha aparecido en aguas del puerto pesquero arrastrado por las olas.

—¿Aquí, en Macao?

—Sí, señor Cambell. Le habían macheteado por la espalda. También le robaron, claro. No le quedaba nada en los bolsillos.

—No le mataren para robarle, en todo caso.

—Ya lo imagino, pero aprovecharon la ocasión.

Ken se dejó caer sentado en el borde de la cama. Estaba pálido y el furor parecía burbujear en sus pupilas.

—¿Qué piensa usted hacer ahora, inspector?

—Tengo a mi gente trabajando en este caso. Pero surgen otras cosas a cada paso y el trabajo se acumula. Por ejemplo... Un extraño accidente en la carretera del continente. Dos coches

chocaron, incendiándose. Uno estaba vacío, pero el otro contenía los cadáveres carbonizados de tres hombres.

—Esos accidentes ocurren en todas partes.

—No como éste. El coche vacío tenía varios impactos de bala.

—Qué cosas...

—Muy desagradable. También hubo un tiroteo en cierto almacén... Más muertos, y dos coches partiendo a toda velocidad. Presumo que los mismos de que le he hablado antes.

Ken le observó con el ceño fruncido.

—Si tiene algo concreto que decirme, suéltelo, inspector. Sus problemas no me conciernen, de modo que no veo por qué viene a contármelos.

—Verá usted... Antes de que se presentaran los hombres de los coches, había tres braceros chinos trabajando en ese almacén. Luego, los tipos que llegaron los echaron de allí, pero afirman que antes había entrado otro hombre... Un blanco, un gigante blanco, dicen.

—¿Y...?

—Usted mide casi dos metros, señor Cambell. Al lado de esos chinos depauperados puede considerarse un gigante.

—De modo que yo maté a toda esa gente... ¿Cuántos dijo usted, inspector?

—Yo no dije que hubiera sido usted. De cualquier modo los muertos no eran personas apreciadas por la comunidad... Nadie derramará lágrimas de luto por ellos. Pero quisiera saber si estaba usted por las proximidades de ese almacén cuando ocurrieron los hechos.

—No necesita dar tantos rodeos —gruñó Ken de mal talante—. No sé de qué está hablándome. ¿Cómo quiere usted que yo organizara semejante batalla? No tengo armas... La guerra quedó atrás para mí.

—Era una posibilidad a tener en cuenta.

Encendió al fin su cigarro y por entre el humo contempló a la rígida muchacha.

—Gina Francino —murmuró—. Pensé que vestiría usted de luto por la muerte de su gran amigo

O’Rayan.

La muchacha no replicó, pero sostuvo su mirada con gesto de

desafío.

Moreira esbozó una sonrisa y retrocedió hacia la puerta.

—Ya le he dado las noticias, señor Cambell. Tenga mucho cuidado de ahora en adelante porque al parecer soplan muy malos vientos para los excomandos de Vietnam...

Salió y cerró la puerta suavemente.

Ken se volvió hacia la muchacha mirándola de arriba abajo.

—Al parecer, tú y yo navegamos en el mismo cascarón —dijo expeliendo una nube de humo—. Espero que algún día no tengas que llevar luto por mí.

La abrazó violentamente. Por un instante ella intentó debatirse. Luego, cuando su boca se aplastó contra los duros labios del hombre, quedó inmóvil y todo su cuerpo parecía electrizarse, arder con aquel fuego salvaje que esta vez la dominaba, venciéndola.

Pensó que Ken había dicho la verdad. La noche era muy larga...

Suspiró y se dejó caer hacia atrás, sobre la cama.

CAPÍTULO VIII

La casa de la calle Cantón era un pequeño *bungalow* rodeado de vegetación. El paraje resultaba agradable, incluso en un lugar de hacinamiento como Macao, porque permitía una relativa independencia a sus ocupantes.

Ken examinó el paraje calculando las posibilidades de asaltar la casa sin provocar una alarma general.

A su lado, la muchacha susurró:

—Si está ahí, a estas horas lo más seguro es que duerma. ¿Qué piensas hacer con él?

—Cortarlo a tiras si ha organizado las muertes de mis compañeros... Ya puedes largarte ahora, nena. Lo que haya que hacer lo haré solo.

—Ni lo sueñes. Te he guiado hasta aquí y quiero ver cómo termina todo esto.

—¿Te gustaría que te cortasen el gaznate?

—No.

—Entonces, lárgate —repitió, sombrío—. Las cosas pueden salir bien y en ese caso no tendrías nada que temer, pero igualmente puedo fallar. Y entonces tu hermoso cuello no valdría un centavo.

—Contigo no tengo miedo.

—Es de los demás de quienes debes temer.

—Me quedo, cariño —runroneó la muchacha dulcemente.

Él la observó en la oscuridad. Los ojos de Gina chispeaban como estrellas. Sacudió la cabeza, contrariado.

—Muy bien, adelante. Pero déjame advertirte primero. Si las cosas se tuercen, no esperes que me comporte como esos héroes de película al uso... Lo primero será mi propio pellejo. ¿Está claro?

—Eres realmente encantador, Ken, amor mío... Tan tierno, tan dulce y desinteresado...

Se echó a reír en silencio y él ahogó una sarta de maldiciones.

Tras esto penetraron en el pequeño jardín deteniéndose junto a una ventana.

El interior estaba en silencio. Ken tanteó el ventanal, comprobando que era inviolable a menos de romper los cristales.

—Veamos la puerta —murmuró.

La puerta era de sólida madera. Pero la cerradura no era ni la mitad de sólida porque estaba abierta.

—Que me aspen —refunfuñó—. Si vino para hacer el amor con su chinita, no comprendo cómo fue tan descuidado...

Empujó la puerta con cuidado. Ambos se colaron a un interior oscuro como la tinta. Pegada a él, Gina musitó:

—No veo ni mi propia nariz...

Ken titubeó un instante. Luego, encendió una cerilla y levantándola en alto dio un vistazo en torno.

Soltó un juramento al ver el revoltijo.

—Enciende la luz —gruñó avanzando por entre los muebles derribados, las lámparas rotas y los cristales que salpicaban el suelo.

Gina encontró la llave de la luz y la lámpara del techo brilló, mostrando las huellas de una batalla.

—Alguien ha peleado aquí. Ahora es cuando no lo entiendo...

Avanzó hacia la primera puerta entornada, encendió la luz de aquel aposento y asomó la cabeza.

Contuvo el aliento, porque Magano estaba allí, aunque ya no parecía tan gordo.

Tumbado de costado, su redondo cuerpo daba la sensación de que se había empequeñecido. A su alrededor, todo el suelo era un charco de sangre. La sangre había brotado de las numerosas cuchilladas que habían desgarrado su cuerpo, su garganta...

Per encima del hombro de Ken, la muchacha dio un vistazo. No pudo contener un grito de pánico.

—Cierra el pico, cariño. Esto no es una fiesta, de modo que no alborotes.

Ken Cambell avanzó procurando no pisar la sangre casi seca que cubría el suelo. El aspecto del cadáver era realmente atroz y capaz de producir náuseas a cualquiera menos curtido e insensibilizado que el excomando de Vietnam.

Le hubiera gustado registrarle los bolsillos al muerto, pero para llegar hasta él había que pisar la sangre y no podía permitirse el

lujo de dejar huellas. Estaba reflexionando sobre eso cuando Gina emitió un breve grito de espanto más allá de la puerta.

Ken dio un brinco, sacando la pistola al mismo tiempo. Vio a la muchacha, sola, en medio de la estancia vecina, temblando violentamente.

—¿Qué infiernos te pasa ahora? —bufó.

—¡Hay alguien en la casa, Ken! Oí una voz..., algo...

—¿Dónde?

Ella señaló el inicio de un breve pasillo. Con la pistola por delante, Cambell avanzó. El pasillo era apenas un distribuidor al que se abrían tres puertas. Escuchó con todos los sentidos tensos durante casi un minuto.

—No se oye ni un suspiro —dijo entre dientes.

—¡Te juro que lo oí! Fue... como un murmullo.

Él empujó la primera puerta y con cautela tanteó la pared, manteniendo en todo momento la pistola lista para disparar.

Encendió la luz, viendo un reducido cuarto de baño desierto.

La segunda puerta tampoco ofreció la menor resistencia.

Pero al abrirla, del interior surgió una suerte de extraño quejido, como el de un animal sujeto y furioso.

Pegado a la pared, Ken buscó la llave de la luz mientras movía suavemente la pistola en semicírculo.

Cuando la luz brilló, apenas pudo contener una exclamación de estupor.

Una bellísima muchacha de larga cabellera negra como ala de cuervo estaba atada a la cama. Le habían sujetado las muñecas a la cabecera, y los tobillos a los pies del lecho de modo que parecía una dorada aspa. Una apretada mordaza cubría su boca casi ahogándola y la mordaza era todo lo que llevaba encima.

Sus ojos almendrados giraron locamente cuando Ken se le aproximó.

—Tranquilícese —gruñó el hombre—. La soltaré en un minuto.

Ella no pareció tranquilizarse poco ni mucho. Sólo cuando vio aparecer a Gina su mirada se aquietó un tanto.

—¡Es Nan Shang! —exclamó Gina.

—Ya lo imagino... Busca un cuchillo para cortar estas cuerdas, querida. El hijo de perra que hizo estos nudos era un buen experto.

La libró de la mordaza entretanto y ella jadeó con violencia al

introducir aire en sus pulmones.

—Bueno, es cuestión de un momento, cálmese...

—¡No..., no comprende...!

Repentinamente estalló en sollozos, sacudiendo la cabeza histéricamente de un lado a otro.

Gina trajo un cuchillo de cocina y Ken cortó las cuerdas. La hermosa chinita se revolvió en el lecho, sollozando a gritos, cayó al suelo y casi ahogándose vomitó.

Perplejo y desconcertado, Ken se volvió hacia Gina.

—Trata de calmarla —gruñó—. No soporto a una mujer histérica.

—¿Es que no comprendes nada, so bruto?

Gina se precipitó hacia la joven china, ayudándola a incorporarse. La sostuvo, escuchando sus palabras entrecortadas, y casi en volandas la llevó al cuarto de baño.

Disgustado y furioso, Ken regresó a donde estaba el cadáver del gordo.

Aquél era un golpe con el que no había contado. Magano había significado hasta entonces la solución del misterio, la meta tras la cual se ocultaba la razón de los atentados contra él, y, casi con seguridad, los asesinatos de sus tres compañeros de celda.

Y ahora estaba muerto.

Plantado allí, oía las voces de las muchachas apagadas por la puerta cerrada del baño. Era un condenado lío sin pies ni cabeza, pero un lío de la clase que suelen acabar en una camilla del depósito de cadáveres...

Minutos más tarde, oyó a Gina que le llamaba y salió de la sangrienta estancia.

—¿Qué pasa, se siente mejor tu amiga china?

—Eres un bruto. No es mi amiga, yo sólo la conocía de vista. ¿Es que no comprendes lo que hicieron con ella?

—Bueno, no la mataron, cosa que dadas las circunstancias era lo menos que había esperar.

—Eran tres hombres los que asaltaron la casa, Ken...

—¿Conocía a alguno de ellos?

—La obligaron a ver cómo asesinaban a Magano —prosiguió Gina con voz tensa, como si no le hubiera oído—. Después la desnudaron y ataron a la cama...

Él enarcó las cejas.

—Ya veo.

—Tres salvajes, sucios, degenerados, pervertidos hijos de perra...

—Comprendo que esté medio loca. Ahora dime si conocía a alguno de ellos, aunque presumo que no, porque si les hubiera conocido con toda seguridad la habrían matado.

—No se lo he preguntado. Dale tiempo para tranquilizarse.

—Tiempo, ¿eh? —refunfuñó Ken, encendiendo un cigarrillo con ademanes furiosos—. ¿De cuánto tiempo crees que dispongo para librarme de la amenaza que cuelga sobre mí?

—Sólo piensas en ti. ¡Qué tipo más generoso!

—Si después de todo lo que he vivido hasta ahora, de lo que hicieron de mí antes de lanzarme de cabeza a esa porquería de Vietnam, esperas que aún conserve espíritu de misionero, o floridos y generosos ideales, es que estás más loca de lo que imaginaba.

Ella le miró fija y largamente. Algo como una sombra pasó por sus hermosos ojos y al fin asintió con un gesto.

—Comprendo —murmuró—. No eres como

O'Rayan.

Él aún era capaz de sonreír, de amar. Tú eres un profundo pozo de odio.

—Por favor, deja las filosofías baratas a un lado y pregúntale a esa chica si conoce a alguno de los asaltantes. Se me ocurre que tres fulanos capaces de cometer una carnicería como ésta, con tanta sangre fría, deben ser más o menos populares en un estercolero como éste.

—O no, vete a saber. Puedes contratar las peores ratas del mundo en los muelles. Cualquiera puede hacerlo si tiene con qué pagar.

—Ya veo.

—De todos modos, se lo preguntaré.

Ken volvió a quedar solo. Consumió el cigarrillo cada vez más impaciente.

Cuando las dos muchachas aparecieron, la joven china llevaba puesta una especie de túnica que la cubría hasta los pies.

—No les conocía —dijo Gina—. Pero está segura de haber visto a uno de ellos en La Pagoda algunas veces.

—¿Qué es eso de La Pagoda, un *cabaret*?

—Sí. Hay atracciones, licores y baile. Está junto al puerto. También tiene una sala de juego en el piso.

Ken contempló a Nan Shang. El rostro de la muchacha conservaba las huellas de cuánto había vivido aquella noche.

—¿Quieres ajustarles las cuentas a esos tres bastardos, Nan Shang?

Ella asintió. Tardó en replicar de viva voz. Entonces musitó:

—Quiero verlos muertos. Perros sucios y rabiosos...

—Bien, tal vez consigas contribuir a su entierro.

Gina bufó:

—¿Qué estás pensando, Ken?

—Ir a ese tugurio con ella. Si puede identificar sólo a uno de los tres seré suficiente para mí.

Nan Shang balbuceó:

—¿Por qué quieres arriesgar tu vida, extranjero? No será por lo que me hicieron a mí..., ni por Magano. Tu amiga me ha Contado que tú querías matarlo también.

—Escucha, pequeña, y no lo olvides. Yo no movería un dedo por nadie que no fuera Ken Cambell. Pero si alguien ha liquidado a Magano, pienso que ha sido porque yo andaba pisándole los talones. ¿Comprendes? Alguien le pagó para que él enviara sus pistoleros contra mí. Si hablaba...

—Así está bien —le atajó la muchacha—. De este modo todos sabemos a qué atenernos. Te ayudaré a encontrar a esos hombres.

—Muy bien.

—¿Y Magano? Todo el mundo sabe que yo vivo aquí...

—Habrá tiempo de meter a la policía en este lío. O de librarnos del gordo si tenemos oportunidad. Ahora, o más urgente son los tipos que lo mataron.

Casi hubo de empujar a las dos jóvenes hacia la puerta.

Antes de salir, Gina refunfuñó rechinando los dientes:

—Me gustaría mucho arrancarte los ojos..., «querido».

Y salió pisando furiosamente.

Él la contempló con una mueca. El cuerpo de la muchacha se movía con la graciosa armonía de una gacela..., excepto que ninguna gacela habría contoneado jamás unas caderas como aquéllas.

CAPÍTULO IX

El interior de La Pagoda era una chabacana imitación de lo que el nombre indicaba. Las pequeñas luces tamizadas que había en las mesas proporcionaban una penumbrosa intimidad a las parejas, impedían que nadie viera más allá de las narices y contribuían a crear un falso ambiente de complicidad y misterio.

Los músicos ocupaban un pequeño escenario, y la pista donde se estrujaban las parejas de bailarines era un poco mayor que una rueda de bicicleta.

El único lugar donde la luz resultaba un tanto más brillante era el bar. La barra tenía forma de herradura y ocupaba el centro de un salón separado del principal por unos pesados cortinajes de terciopelo rojo en los que campeaban dragones dorados.

Las dos muchachas se detuvieron junto a los cortinajes. Ken decidió:

—Ocuparemos una mesa. Habrán de dar más luces cuando actúen las atracciones y entonces podrás ver si el fulano está aquí o no.

—¿Y si estuviera en el bar? —insinuó Gina.

—Eso podemos verlo ahora mismo...

Levantó el cortinaje y entraron. Había poca gente en el mostrador y algunas cabezas se volvieron a mirar a las dos hermosas mujeres.

Nan Shang susurró:

—No está aquí.

—Entonces vayamos a la mesa.

Un camarero les ayudó a sortear la penumbra. Ken pidió *whisky* con hielo y les sirvieron una aguada muestra de lo que puede hacerse con picardía y una botella de *whisky*... Convertirla en cuatro o cinco.

—No se distinguen las caras de la gente —murmuró Gina,

impaciente.

—¿Por qué tienes tanto interés en cazar a esos tipos, nena? A ti no te hicieron nada, que yo sepa.

Ella le miró echando chispas.

—Pero sé lo que le hicieron a Nan Shang —barbotó—. Sería capaz de abrirlos en canal yo misma.

—Te concederé ese placer si realmente tienes tanto interés...

Repentinamente, la mano de Nan Shang saltó apresando la de Ken entre sus dedos crispados.

—¡Ahí, mira! —musitó.

Él siguió la dirección de su mirada. Vio una mesa en la que estaban sentadas dos muchachas y un hombre, Ellas eran chinas, muy jóvenes. El hombre era alto, delgado, y tenía la cara tan blanca que daba grima.

—¿Es él?

—Sí... Ése me ató..., fue el primero...

—Bien, no quiero que te vea. Salid fuera las dos.

Gina cubrió a la joven china cuando se dirigieron a la salida. De todos modos, el hombre de cara pálida ni siquiera levantó la mirada. Estaba demasiado atareado comprobando la firmeza de las curvas de sus dos compañeras.

Ken llamó al camarero y pagó. Apuró el cigarrillo con la esperanza de que el tipo quedara solo, pero al parecer se disponía a pasar la noche en aquella mesa.

De modo que se levantó, hundió la mano en el bolsillo y empuñó la pequeña «Beretta» de Gina. Se colocó detrás del hombre y le hundió el cañón en la espalda.

—No alborotes, no hables ni te muevas porque tengo el dedo muy nervioso sobre el gatillo.

El rufián se quedó rígido. Las dos jovencitas chinas levantaron sus cabezas para mirar a aquella especie de gigante que en la penumbra aún se les antojaba más enorme.

—Diles que se larguen, muchacho.

—¿Por qué, qué diablos...?

—¡Diles que se larguen!

El tipo ladró algo que resonó como un trallazo. Las dos chicas se apresuraron a poner tierra de por medio.

—Deja algún dinero sobre la mesa, no quiero que nos paren en

el camino hacia la puerta.

El hombre obedeció.

—Ahora, levántate..., pero con mucho cuidado porque nunca has tenido la muerte tan próxima, hijo de perra.

—¿Por qué...?

—Camina.

Atravesaron el salón sin que nadie les prestara la menor atención. Los que estaban en las mesas tenían sus propias ocupaciones. En cuanto a los camareros, nadie les pagaba para vigilar a los que salían, si éstos habían pagado, por supuesto.

De modo que llegaron a la calle sin tropiezos. Ken miró arriba y abajo y vio a las dos jóvenes en la próxima esquina.

—A la derecha, compadre. Y sigue portándote bien si quieres vivir.

—¡Maldita sea! ¿Qué pasa, trabajabas para Magano?

—Yo trabajo para Ken Cambell.

—¿Qué?

—¿Has oído ese nombre alguna vez?

—No...

—Mientes.

—Escucha..., podemos llegar a un acuerdo. Hay mucho dinero en este juego.

—Hablares después. ¡Apresúrate!

El tipo pálido atisbo por encima del hombro. Ken le mostró la pistola y le empujó.

Echó a andar hasta la esquina. Allí sus piernas empezaron a temblar porque reconoció a Gina y casi se desmayó.

—¡Tú! —jadeó.

—¿Qué creías, que se había muerto de asco?

—De modo que es por ella que haces esto... ¡Estás chiflado..., es sólo una perra china!

Ken le descargó un trallazo con la pistola. El golpe le acertó en la oreja y estuvo en un tris de arrancársela.

—Estás dándome facilidades, bastardo, porque ardo en deseos de hacerte pedazos.

Camina y no vuelvas a abrir el pico si quieres conservar la lengua un rato más.

Gina masculló:

—Quiero que me lo dejes un poco, Ken... Nunca más podrá volver a ultrajar a una mujer cuando yo acabe con él...

—Ya lo oyes. Nadie parece tener buenos sentimientos hacia ti...

Echaron a andar. Los dos hombres delante, las chicas siguiéndoles calle arriba.

Nan Shang murmuró:

—Éste es el camino de mi casa...

—Justamente. ¿Conoces otro lugar mejor para celebrar nuestra pequeña fiesta?

Se oyó un profundo suspiro cuando la muchacha comprendió. Ya no volvieron a hablar una palabra hasta llegar al pequeño *bungalow*.

—Párate ahí —ordenó.

El tipo se detuvo junto a la puerta. Rápidamente, Ken le registró. No llevaba pistola, pero sí un cuchillo automático de grandes dimensiones.

—Ahora, adentro, puerco. Apuesto que no pensabas volver a ver a Magano, ¿eh?

La visión del cadáver no pareció hacer feliz precisamente al rufián. Ken le dejó que lo contemplara un poco más. Luego, dijo:

—Busca algunas cuerdas, o algo con que atar a este espécimen. Y tú camina hacia el cuarto de baño. No quiero poner perdida toda la casa..., ya la ensuciaste demasiado en tu anterior visita.

—Espere... Le dije que podemos llegar a un acuerdo...

—¿De qué clase?

—Tenemos que..., que buscarle a usted si se llama Cambell.

—¿Y...?

—Déjeme en paz y le facilitaré la fuga.

—¿Quién habló de que yo quiera fugarme?

—Si se queda le cazaremos..., quiero decir que le cazarán.

—Ya lo intentaron los pistoleros de Magano. No les resultó.

—Mire...

—Sólo hay una cosa que puedes decirme y que yo esté dispuesto a escuchar. ¿Quién quiere cazarme?

—No sé nada de eso. A mí sólo me pagan.

—¿Y a tus dos compinches?

—Lo mismo.

Nan apareció trayendo las mismas cuerdas con que la ataran a

ella. Impulsivamente, las hizo voltear y descargó un feroz trallazo contra la cara del rufián.

Las duras cuerdas abrieron surcos sangrientos en la piel del tipo, que se fue trastabillando contra la pared.

—¡Te mataré...! —rugió la muchacha.

—¡Quieta ahí, pequeña! Antes tienes que hablar, y los muertos no pueden hacerlo ni siquiera en Macao. Tómallo con calma.

Gina gruñó:

—Yo también quiero hacerle algo, Ken..., con su mismo cuchillo.

—Dulces mujercitas... Tú, bastardo, tiéndete en el suelo.

Le ató manos y pies, y sus nudos no tenían nada que envidiar a los que hubo de cortar antes. Tras esto, agarró al tipo por los cabellos y arrastrándolo lo llevó al cuarto de baño.

Echó una mirada al cono de la ducha.

—Espero que soporte su peso...

Gina se había acercado y contempló cómo Ken pasaba otro trozo de cuerda por la que sujetaba los tobillos. Con aparente facilidad, levantó después el cuerpo del asesino agarrándole por los pies.

—¿Qué te propones, Ken? —exclamó.

—Voy a colgarlo cabeza abajo sobre la bañera.

—¿Para qué tanta tontería? No tienes más que cortarle a tiras con su propio cuchillo.

—Para eso siempre hay tiempo, pero en todo caso, tierno corazón, le corresponde hacerlo a Nan Shang.

Ató el cabo de cuerda por encima del cono de la ducha y el rufián quedó balanceándose cabeza abajo, con las manos sujetas a la espalda y la mirada despavorida.

Ken le contempló unos instantes con ojo crítico. Luego ajustó el tapón del desagüe y abrió los grifos del agua.

La cabeza del asesino quedaba a poco más de un palmo del fondo de la bañera. Giró los ojos locamente cuando vio subir el agua, porque entonces comprendió lo que le esperaba.

Ken encendió un cigarrillo y preguntó:

—¿Cómo se llaman tus dos compinches?

—Santos... y Carvalho.

El agua le rozaba los cabellos.

—Ahora dime quién ordenó matar a Magano.

—¡Cierre el agua, maldito sea!

—Eso no es lo que te pregunté. ¿Quién, bastardo?

—¡Cierre los grifos!

—¿No has visto nunca ahogarse una rata poco a poco? Es un espectáculo divertido...

El agua le cubría la frente. Cuando le llegó a los ojos comenzó a contorsionarse tratando de eludir aquel fatal destino. Lo único que consiguió fue golpearse la cabeza contra los costados de la bañera.

Volvió a quedar quieto cabeza abajo. El agua fue subiendo a lo largo de su nariz y de pronto le inundó las fosas nasales.

El asesino tosió violentamente. Dobló la cabeza para elevarla lo más posible, pero el agua continuaba subiendo y a cada movimiento pequeñas olas la agitaban, con lo cual aún alcanzaba mayor altura.

Ken encendió un cigarrillo completamente impasible ante los desesperados esfuerzos de su víctima. Desde la puerta, las dos mujeres miraban fascinadas el rostro invertido del criminal que se había convertido en una blanca máscara de espanto.

El agua le llegaba a la boca. El hombre intentaba por todos los medios hurtar la cabeza a la creciente marea que subía de modo implacable.

Cuando empezó a tragar agua tosió, ahogándose. Vomitó en sus atroces esfuerzos y luego empezó a burbujear el agua con sus gritos.

Ken le atrapó por los chorreantes cabellos y tiró hacia arriba.

—¿Quieres hablar? —preguntó con vez tranquila—. Yo no tengo prisa alguna... y el agua sigue subiendo.

El rufián boqueó, pero no dijo nada.

Ken le soltó y la cabeza se hundió en el agua que ahora le llegaba a la barbilla.

Entonces Cambell cerró los grifos, acercó un taburete a la bañera y sentándose fumó tranquilamente, esperando.

El criminal realizaba enloquecidos esfuerzos por mantener la cabeza lo más alta posible. A veces lo conseguía y a veces no, y entonces el agua le inundaba las fosas nasales y la boca y en sus agotadores esfuerzos por respirar llegaba a sus pulmones.

Las fuerzas le abandonaban y un velo turbio pareció extenderse ante sus ojos. Jamás pudo imaginar que la angustia pudiera llegar a semejantes extremos. Sus movimientos eran cada vez más lentos...

Boqueó enloquecido sin que ningún sonido brotara de su boca.

Vomitó parte del agua que había tragado y entonces Ken volvió a atraparle por los cabellos, dándole un respiro.

—¿Te decides a hablar de una vez?

No podía hacerlo. Se ahogaba incluso cuando el agua quedaba lejos de su boca...

Gina miraba fascinada la descomposición de aquella cara cetrina. En cambio, Nan Shang permanecía rígida en la puerta, aparentemente tranquila y fría, esperando.

—¿Quién ordenó matar a Magano? —repitió Ken, implacable.

—No..., no... puedo...

Le soltó. Esta vez, la cabeza quedó casi hundida en el agua pese a las contorsiones del rufián.

Casi estaba inconsciente cuando Cambell volvió a levantarle la cabeza.

—¿Y bien, me oyes? —Gruñó.

El asesino parpadeó. Expulsó una bocanada de agua que burbujeó por su nariz y asintió con un gesto exhausto.

—Veamos si has entrado en razón. Siempre estamos a tiempo de llenar la bañera...

Abrió el desagüe y le soltó. El hombre sollozaba de angustia y terror.

Volvió a realizar tremendos esfuerzos por hablar y sólo consiguió un angustioso gorgoteo. El agua escurría de su nariz a cada expiración.

Al fin, casi un minuto después que se hubiera vaciado la bañera, balbuceó:

—Barrahan...

—¿Quién es ese tipo?

—Tiene... un bar en..., en la embocadura del Si-Kiang.

—¿Cómo se llama ese bar?

—La Cueva.

—Supongo que ese tal Barrahan es también quien pretende cazarme a mí. ¿Lo sabes, hijo de perra?

—Sí..., nos dijo que..., que nos pagaría doble por usted.

—¿También pagó doble por los otros que matasteis? Ya sabes,

O'Rayan,

Drum...

Los ojos del asesino se desorbitaron. Ken supo que había

acertado al ver aquella expresión de aterrorizado estupor.

—¡No..., no... sé...!

—¿De veras no sabes? Aún puedo llenar la bañera, así que tú verás lo que haces.

—Él nos paga. No podemos negarnos..., es poderoso. Pagaría a otros para matarnos si nos negásemos a obedecer.

—¿Barrahan?

—Sí.

—Bueno, dime por qué quiere matarme, por qué ordenó matar a los otros y es posible que salves el pellejo.

—¡No lo sé!

—Eso va a ser muy malo para ti.

—¡Le juro que no lo sé!

Ken se encogió de hombros.

—Peor para ti —dijo.

Arrojó el cigarrillo a la bañera y se dirigió a la puerta.

Se quedó mirando a la estática joven china.

Sólo dijo:

—Es todo tuyo, Nan Shang.

Un relámpago chispeó en los almendrados ojos de la muchacha. Ken tomó a Gina del brazo y la obligó a seguirle hacia la puerta.

Antes que llegaran a ella, un alarido desgarrador vibró llenando toda la casa con acentos de horror infinito.

Gina dio un brinco, deteniéndose.

—¿Qué crees que estará haciéndole? —jadeó.

—Sea lo que sea, no creo que te gustase saberlo... Esa chica debe tener ideas propias sobre la manera de ajustar una cuenta como la suya.

Otro bramido espeluznante repercutió de pared en pared, expresando todo el dolor y todo el espanto del infierno. Ken abrió la puerta y salieron apresuradamente.

Las estrellas palidecían en lo alto anunciando el fin de otra noche de Macao.

Dentro de la casa seguía, no obstante, la noche de la venganza, de la sangre y del horror.

CAPÍTULO X

Al morir la noche moría también la bulliciosa vida de la embocadura del Si-Kiang. Los llameantes anuncios de gas neón se apagaban uno a uno. Las músicas cesaban y las jóvenes chinas, un poco más sucias que la noche anterior, con otro jirón de su pobre vida pisoteado y escarnecido, se aprestaban al descanso después de haber rendido cuentas con sus amos respectivos.

Los garitos cerraban sus puertas y toda la fauna del vicio organizado y la corrupción bien administrada se retiraba en espera de otra noche.

Los clubs nocturnos, los *cabarets* de todas las categorías, vomitaban riadas de hombres y mujeres, unos con trajes de etiqueta y cubiertos de joyas. Otros, la mayoría, ebrios y vestidos de harapos, se enfrentaban a un nuevo día sin horizontes.

Los bares, uno tras otro, corrían sus cierres metálicos y un gran silencio se extendía por doquier en esa hora incierta del alba.

Cuando Ken llegó frente a La Cueva vio que estaba cerrado y maldijo entre dientes. Sin embargo, aún estudió los alrededores buscando alguien que le diera razón del propietario.

No encontró más que un par de marineros borrachos tumbados en una esquina.

Volvió al bar y golpeó la puerta metálica. Sus golpes resonaron dentro y fuera del local, pero nadie acudió.

Se alejó dominando su decepción. Habría de esperar a que abrieran el bar, y conociendo Macao estaba seguro que eso no sucedería hasta el anochecer.

De manera que un tanto furioso llegó a su hotel y al abrir la puerta de la habitación los brazos de Gina se enroscaron en torno a su cuello.

La boca de la muchacha parecía despedir llamas mientras le besaba.

Cuando pudo librarse de aquel cepo de fuego, Ken jadeó:

—Espera un poco, nena. Yo te dejé en tu propia casa si mal no recuerdo.

—Claro, pero pensé que no vendrías allí cuando regresases de tu excursión a La Cueva, así que vine y te esperé.

—Así de sencillo.

—Te quiero. Por eso estoy aquí.

—No me cabe duda que estás loca. Nadie quiere a un tipo como yo.

—¿Qué hay de malo en ti?

—Todo.

Ella sacudió la cabeza. Le besó otra vez y luego retrocedió.

—Yo tampoco tengo muchas cosas buenas, no vayas a creer —dijo sonriendo—. Me parece que a los dos nos han tratado muy mal hasta ahora, pero la vida puede cambiar.

—Quizá cambie para ti. Eres joven y si te largas de este pudridero es posible que puedas abrirte un nuevo camino.

—Mi camino será el tuyo, Ken.

—Para toda la eternidad —se mofó él, dejándose caer sentado sobre una de las camas—. La época del romanticismo quedó enterrada en un pozo sin fondo, hace mucho tiempo.

Ella sonrió.

—Puede volver —dijo.

Fue hacia él y se echó en sus brazos. Cayeron hacia atrás en un torbellino que no parecía tener fin.

Cuando Ken encendió un cigarrillo, más tarde, la muchacha murmuró:

—¿Viste a ese individuo, Barrahan?

—No. El bar estaba cerrado.

—Mike pronunció ese nombre alguna vez...

—

¿O'Rayan?

—Sí.

Él se incorporó sobre un codo. Miró fijamente a la muchacha cuya cabellera se desparramaba por la almohada, aureolando su hermoso rostro.

—¿Estás segura?

—Sí, aunque no recuerdo cuándo ni por qué...

O'Rayan

tenía amigos en todas partes.

—¿Cómo le conociste?

—Hace años... Él combatía en Vietnam. Cuando conseguía un permiso venía a Macao. Casi todos los demás se iban al Japón. Él venía aquí. Intimamos. Un hombre en sus circunstancias se siente tan sólo que... Bueno, quiero decir que Mike se sentía bien a mi lado. Decía que yo había abierto para él una puerta al futuro. También decía que cuando tuviera suficiente dinero me llevaría a los Estados Unidos y se casaría conmigo.

—Todos hemos dicho eso alguna vez...

—Ya lo sé. Pero él hablaba en serio. Dijo que tendría tanto dinero que no habríamos de preocuparlos nunca más por el futuro. Por eso lo planeó todo.

Él enarcó las cejas.

—¿Planeó qué?

Gina no replicó inmediatamente. Tenía los ojos entornados y parecía rememorar el pasado.

—¿Es que sabes lo que él tenía pensado para conseguir ese dinero? —insistió.

Ellaladeó la cabeza y le miró fijo.

—Sí —musitó.

Ken casi brincó fuera de la cama.

—¡Condenación! Y lo has callado hasta ahora.

—No estaba segura de ti. Además, tú solo no podrías hacer nada, así que es mejor olvidarlo.

—Deja que sea yo quien decida lo que puedo hacer y lo que no.

—No quiero perderte también a ti, Ken. Ahora no podría soportarlo.

—¿De qué hablas? ¡Maldita sea! Has estado jugando con algo que puede convertirse en una bomba si lo manejas tú...

—No pienso manejar nada. Olvídalo. Hay otros caminos.

—Escucha, preciosa, y piensa sobre eso: Tres hombres estupendos han muerto a causa de este asunto. Los tres eran amigos míos y pensaban compartir conmigo el producto del negocio de O'Rayan,

fuere cual fuese. Aunque no hubiera otras razones, su muerte sería suficiente para que yo llevara adelante este negocio.

—Y te harías matar.

—Quizá, pero arriesgué la vida otras veces.

—Cuando eso sucedía, Ken, yo no estaba a tu lado, no te conocía... No te amaba.

Él hizo un gesto de impaciencia.

—Quizá sea cierto todo eso —gruñó—. Pero si esperas que esto se convierta en el juego del «hogar, dulce hogar», déjame decirte que para jugarlo se necesita dinero. Y a estas alturas yo sólo sirvo para una profesión... La de luchador, la de matarife profesional. Me adiestraron a fondo para eso y resultó que fui un alumno aventajado. Bueno, acabada la guerra no me parece que se me ofrezcan muchas oportunidades.

—Si tuvieras ese dinero...

—¿Cuánto dinero, lo sabes con certeza?

Ella cerró los ojos. Apenas movió los labios cuando musitó:

—Un millón de dólares.

Ken se quedó helado, incapaz de articular una sola palabra.

Luego, encendió un cigarrillo y saltó de la cama. Se detuvo junto a la ventana en la que daba el sol y desde allí murmuró, sin volverse:

—Un millón de dólares. Y tú quieres que me resigne a perderlo...

—Si tuvieras ese dinero —repitió Gina—, te olvidarías de mí, buscarías otras mujeres más elegantes, más cultas, en tu propio país.

—No.

—Ojalá pudiera creerte.

Él se volvió.

—¿No te das cuenta que esa clase de mujeres están fuera de mi alcance, suponiendo que las prefiriera a ti? Pertenecen a un mundo distinto del mío. Puedes apostar que se desmayarían si supieran la clase de tipo que soy.

Hubo un largo silencio. Gina mantenía cerrados los párpados. Una leve arruga partía su frente y estaba tan inmóvil que parecía muerta.

Su cuerpo de piel dorada tenía reflejos metálicos al herirlo el sol, sobre las sábanas. Ken era incapaz de despegar la mirada de aquella majestuosa belleza que era suya, que podía seguir siéndolo el resto de sus días sólo con que dijera una palabra.

No la pronunció, no dijo nada en absoluto. Fue a la cama y tendiéndose al lado de ella esperó.

De pronto, Gina susurró:

—No te queda mucho tiempo.

—¿Cuánto?

—Dos días.

—Sigue.

—Te matarán.

—Eso es cuenta mía.

Un largo suspiro brotó de la garganta de Gina.

—De acuerdo —dijo sin abrir los ojos—. Haré que te entierren junto a

O’Rayan.

—Ahora dime lo demás.

Ella aún titubeó prolongando el silencio. Al fin, con voz neutra y lenta, explicó:

—

O’Rayan

descubrió que cada tres meses cinco hombres entregan un millón de dólares a bordo de un sampán, como pago de los cargamentos de drogas que reciben de China continental. Esos hombres son pistoleros americanos, encargados de reenviar las drogas desde aquí a Norteamérica.

O’Rayan

planeó asaltarlos antes de hacer la entrega del dinero. Decía que era como robar a un ladrón y que si la cosa salía bien deberían concederle una medalla. El día de entrega es el veinticinco del mes que corresponde... Pasado mañana, Ken.

—Cinco pistoleros... Matarifes profesionales también.

—Y tú estás solo.

—¿Estás segura que la entrega es pasado mañana?

—Completamente. Yo ayudé a

O’Rayan

a comprobar las fechas. Vigilé por él y le informé.

—Debía estar chiflado para meter a una mujer en un negocio tan peligroso como éste.

—¿Qué piensas hacer ahora que lo sabes, asaltarlos tú solo?

—He de pensarlo. ¿Dónde está ese sampán da que hablaste?

—En la embocadura del Si-Kiang, en el Pequeño Aberdeen.

—¿Es uno de esos barcos apolillados que permanecen amarrados permanentemente como viviendas flotantes, o navega?

—Navega. Llega un poco antes de que aparezcan los cinco pistoleros, sujeta amarras y espera. Ellos suben a bordo, entregan el dinero y se marchan otra vez. Tienen un coche esperándolos.

—¿Con otro tipo al volante?

—No. Siempre suben todos a bordo, los cinco. Y no queda ninguno más en el coche.

—Y todo eso sucede en la embocadura del Si-Kiang... Y allí es donde tiene el bar ese tipejo, Barrahan. Tal vez...

Ella abrió los ojos y le miró fijamente.

—¿Qué estás pensando?

—Nada todavía. Necesito saber más sobre esto. La posición de ese barco, cuándo atraca, la disposición del paraje, gentes que pueda haber por los alrededores y rutas de escape.

—No podrás hacerlo tú solo. Por eso

O'Rayan

lo planeó contando con tres o cuatro hombres más.

Debió cometer alguna indiscreción. Le habló del asunto a alguien más y el tipo, sea quien sea, pensó que era tonto repartir un millón de dólares pudiendo quedarse con todo él solo... Ese Barrahan, quizá. Debían conocerse, ya que tú dices que

O'Rayan

pronunció ese nombre alguna vez.

—De eso estoy segura.

—He de pensarlo —repitió el excomando entre dientes—. Si fuera posible...

—Te marcharías de aquí.

—Por supuesto. Escucha, Barrahan contrató a esos asesinos para que acabaran con

O'Rayan

y Drum. Envío a otro a Tokio para que matara a Lacey Kahn y encargó a Magano que hiciera lo mismo conmigo. Eso debe haberle costado mucho dinero. Tuvieron éxito con todos menos conmigo. Yo les estropeé todo el asunto al averiguar la identidad de Magano, de modo que hubo que matarlo. Más asesinos pagados. Y ya sólo quedo yo, pero si se ha convencido de que realmente ignoro la

índole del negocio quizá se esté quieto faltando tan poco tiempo para dar el golpe. No deseará correr más riesgos.

—Supongamos que tienes razón, que todo es como tú lo imaginas... ¿En qué te beneficia? Barrahan estará rodeado de sus asesinos cuando lo intente.

—Todo eso son conjeturas. Tan pronto haya estudiado el terreno te diré si lo haremos o no. Con un millón de dólares, un hombre y una mujer pueden jugar al «hogar, dulce hogar» sin tenerse que preocupar del porvenir inmediato...

Se inclinó sobre ella y la besó apretadamente.

En todo el resto del día nadie volvió a ver a la pareja por ninguna parte.

CAPÍTULO XI

Centenares de sampanes podridos se mecían apretados unos contra otros. Nadie tenía recuerdo de cuándo habían navegado por última vez, antes de convertirse en viviendas flotantes de los desheredados, de los pordioseros, de los olvidados.

Llamaban a aquel hacinamiento Pequeño Aberdeen por su semejanza con sus hermanos de Hong Kong, aunque allí hay miles de esos ataúdes flotantes donde muere poco a poco una multitud anónima y pestilente.

Algunos farolillos amarillentos se balanceaban aquí y allá, alumbrando las carcomidas pasarelas que unían entre sí aquel amasijo de miseria.

El sampán que se aproximó como un sombrío fantasma no llevaba ninguna luz encendida. Pasó en silencio a lo largo del hacinamiento, bordeó el extremo, allí donde las flotantes viviendas eran más escasas, y se dirigió hacia el negro desembarcadero que quedaba al final, oscuro y desierto.

En la embocadura del río llameaban los anuncios multicolores, y ráfagas de músicas sincopadas llegaban a lomos del viento hasta hundirse en las olas.

El sampán golpeó suavemente el muelle y una sombra saltó a tierra para fijar la amarra. Luego volvió a bordo y todo fue quietud y silencio.

Después, un borracho apareció dando rumbos, mascullando obscenidades y juramentos. Recorrió el muelle y se detuvo después al borde de una pasarela. Allí vomitó ruidosamente, cayó y quedó tendido sobre las húmedas piedras, inerte.

De nuevo el silencio, y el viento suave de la noche cálida llevándose mar adentro las pútridas miasmas del revoltijo humano que se hacinaba a poca distancia.

Luego, el relámpago de los faros de un coche aproximándose

silencioso barrió las tinieblas del paraje.

El auto apagó las luces mucho antes de llegar allí donde una barrera de malecones impedía el paso.

Se abrieron las puertas y cinco hombres descendieron del vehículo. Uno de ellos llevaba en la mano una negra maleta de pequeño tamaño.

Uno de los recién llegados cerró con llave las portezuelas del coche mientras los otros esperaban. Ninguno hablaba una palabra.

Cuando las puertas estuvieron aseguradas, los cinco se pusieron en marcha hacia el muelle.

Justo cuando llegaban a la barrera de malecones, las sombras parecieron cobrar súbita vida. Saltaron como lobos, una de cada malecón, y las silenciosas hojas de los machetes chispearon a la luz de las estrellas.

Los cinco hombres gritaron algo. Sus manos volaron en busca de las pistolas cuando ya los machetes se abatían como rayos de plata sobre cada uno.

Los gritos de agonía apenas fueron algo más que sordos lamentos. Los machetes, manejados por hombres resueltos y brutales, acabaron su cometido en cuestión de segundos.

Luego, una de las sombras se apoderó del maletín y se alejó pasando junto al desierto coche. Entretanto, los demás arrastraban los ensangrentados cadáveres hasta el extremo del muelle, lejos del sampán que esperaba, y los sumergieron en el mar silenciosamente.

El borracho que se había desplomado a lo lejos, allí donde empezaban las pasarelas de madera, había desaparecido sin que ninguno de aquellos asesinos hubiera visto siquiera el menor movimiento.

Los asesinos eran seis. Se reunieron al lado del auto, allí donde un minuto antes se deslizara su jefe con el maletín en una mano. Uno probó las llaves arrebatadas a los muertos, hasta que consiguió abrir la portezuela.

Sus órdenes eran las de llevarse el coche lejos de allí y cumplirlas resultaba lo más cómodo...

Habían entrado dos de ellos en el vehículo cuando se desató el infierno.

La tierra y las piedras del muelle parecieron cobrar vida en medio de una roja llamarada. Debajo del coche un volcán bramó

con un estallido ensordecedor, y el vehículo saltó por los aires mezclado con los fragmentos de seis hombres despedazados por la tremenda explosión de la bomba.

Del hacinamiento de embarcaciones comenzaron a surgir seres despavoridos que gritaban en todos los tonos.

Del sampán que había llegado como un fantasma se destacaron también dos nerviosos individuos, dieron un rápido vistazo al cataclismo y saltando a bordo después de librar la amarra partieron tan en silencio como habían llegado.

El coche, simple montón de hierros retorcidos, ardía ruidosamente apestando a gasolina veinte metros más allá del lugar de la explosión.

Cuando empezaron a oírse las primeras sirenas de los autos de la policía, las sombras de los desheredados regresaron presurosas a sus agujeros.

La gasolina llameante seguía rugiendo y de los seis asesinos apenas quedaban sangrantes despojos. Los policías se volverían locos tratando de recomponer los cuerpos para identificarlos...

Si es que se tomaban semejante trabajo, por supuesto.

El hombre oyó la explosión cuando llegaba a los primeros edificios del sombrío callejón. Se detuvo un instante y miró atrás.

A lo lejos distinguió el rojo resplandor de la llamarada y se estremeció. No obstante, acarició instintivamente el maletín que sostenía en las manos y reanudó su paso apresurado sintiéndose dueño del mundo, dueño de la vida y de la muerte.

Dueño de un millón de dólares.

El bar La Cueva estaba abierto, y ante la puerta el mozo miraba el lejano resplandor rojo como hacían los parroquianos de los demás establecimientos próximos.

El hombre del maletín no se acercó a ellos. Rodeó la esquina y entró por una pequeña puerta trasera más allá de la cual un tramo de escalones conducía al piso que había encima del bar.

Cuando cerró la puerta del piso a sus espaldas suspiró, recostándose contra la madera. Después se internó en el piso y arrojó la maleta sobre la cama de su dormitorio.

Estuvo contemplándola unos instantes antes de decidirse a abrirla, para lo cual hubo de forzar los cierres.

El millón de dólares apareció ante sus desorbitados ojos de

halcón. Fajos y más fajos de billetes viejos cuidadosamente colocados, parecieron danzar ante su mirada y un largo escalofrío le recorrió de la cabeza a los pies.

Un millón de dólares...

Y la muerte.

No había oído el menor ruido a sus espaldas.

En realidad, estaba tan absorto contemplando su riqueza que no habría oído ni un trueno.

Entonces, el lazo cayó sobre su cabeza y se cerró salvajemente en torno al cuello. Un terrible tirón le arrojó de espaldas manoteando...

Un millón de dólares.

La muerte...

CAPÍTULO XII

El inspector Moreira paseó la mirada por encima de las maletas desperdigadas por todo el cuarto y sonrió.

—Se van juntos, al parecer —comentó, colocándose un largo cigarro entre los dientes.

Gina sonrió y no dijo nada.

Ken Cambell se encogió de hombros.

—¿Tiene usted algo que oponer, inspector? —preguntó.

—Por supuesto que no. Y si me atreviera... Bueno, quiero decir que me satisface que se lleve a Gina con usted. Una mujer sola en Macao... En fin, ya sabe lo que quiero decir.

—Seguro.

Las maletas de la muchacha eran de piel marrón. Hacían juego. El equipaje de Ken se componía de una vieja maleta de cuero oscuro y un maletín negro.

Eso era todo.

—No nos queda mucho tiempo —dijo, sosteniendo la mirada de Moreira.

—Claro, no pienso robarles mucho tiempo. Pero tengo algunas noticias para usted.

—Malas, como de costumbre.

—No.

—¿Habla en serio?

—Detuvimos a un malandrín... Se emborrachó a primera hora de la noche. Hubo una pelea y nuestro hombrecito le clavó un cuchillo a su adversario. Naturalmente, lo mató. Esos tipejos son muy hábiles manejando el acero. Bueno, a lo que iba. Le hicimos unas cuantas preguntas aprovechando que estaba ebrio. Nos dejó muy sorprendidos cuando nos dijo que él y otros compinches habían matado al señor

O'Rayan...

El tipejo se llama Santos Curzio, y lleva una mezcla de sangres que ni él mismo tiene idea de sus antecesores...

—Le felicito, inspector. ¿Dilató a sus cómplices?

—¡Oh, sí!, claro que lo hizo. Y al hombre que les pagó para hacerlo, y para matar a un individuo llamado Magano..., del que usted supongo ha oído hablar. Y les pagaba para buscarle a usted y matarle... Un tipo llamado Arthur Barrahan.

Ken hizo una mueca y buscó un cigarrillo.

—¿Le han detenido también?

—Éste... No, a Barrahan no.

—¿Por qué, es tan influyente?

—En absoluto. Sólo que cuando fuimos a detenerle lo encontramos colgado... Ahorcado en su propio domicilio.

—Qué cosas... ¿Cree usted que pudo tener remordimientos?

—Si se refiere a que se suicidó, olvídalo. No era de esa clase. No, nuestros peritos son concluyentes. Alguien le ahorcó.

—No puedo decir que lo lamente.

—En verdad que nadie va a lamentarlo. Pero he querido que lo supiera ahora que se marcha de Macao. Después de todo, ese hombre era el responsable de la muerte de su camarada O'Ryan...

Posiblemente, de los otros también.

—No me sorprendería.

—Y ahora se marcha usted..., justo cuando alguien ha hecho justicia. De un modo bárbaro, claro, ilegal y penado por la ley. No deja de ser casual, señor Cambell.

—¿Qué tiene en la cabeza, inspector, cree que lo colgué yo?

—Aunque lo pensara así, veo muy difícil poder probarlo.

—¿Lo cree o no?

Gina contuvo el aliento.

Moreira esbozó una sonrisa y pareció darse cuenta al fin de que el cigarro seguía entre sus dientes sin encender.

Sacó cerillas y lo encendió con calma.

—Sí —dijo después—. Estoy seguro que lo colgó usted.

—Ya veo... Va a tener mucho trabajo para sostener una acusación.

—Usted no comprende, señor Cambell. No habrá acusación alguna. No podría probarlo. Y mantenerle a nuestra costa durante

meses para que al final saliera libre sería un mal negocio para la Administración. Además, Gina habría de quedarse... Mal asunto.

Ken se echó a reír.

—Ya dije una vez que era usted un policía muy raro.

—Y muy ocupado. Hubo una explosión anoche, en el muelle viejo, que... Pero eso ya no les concierne. Sólo queda una cosa, señor Cambell. No vuelva usted nunca a Macao.

—Lo recordaré.

—Eso espero.

Durante un minuto el inspector mantuvo su viva mirada sobre la temblorosa muchacha. Sonrió y sacudió la cabeza.

Cuando hubo salido, reinó un gran silencio en el cuarto.

Luego, bruscamente, Gina se arrojó en brazos de Ken y estalló en sollozos.

—Bueno, no lo estropees ahora, pequeña. ¿Oyes? Ya pasó.

La muchacha continuó llorando a causa del nerviosismo y la tensión vivida.

De modo que Ken pensó en la manera de hacerla callar.

Acabó besándola en la boca y los sollozos se extinguieron con un largo suspiro...

FIN

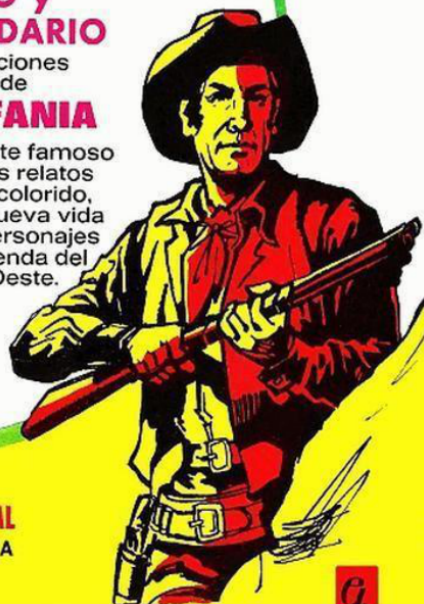
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

